

Germánico Solís

6.2.5.35

*Relatos de
una aldea violeta*

Colección "TAHUANDO"

57
2008

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "NÚCLEO DE IMBABURA"

Germánico Solís



*Relatos de
una aldea violeta*

Colección TAHUANDO N° 57
Ibarra, 2008

Presentación

Ramiro Ruiz

Leer un libro es una aventura, una búsqueda de respuestas a la existencia. En algunas lecturas encontramos explicaciones de la magia del convivir diario, los conflictos de la vida de los personajes, la chifladura del amor, los acontecimientos que no tienen explicación en la razón. En fin, en estas historias compartimos sentimientos de odio, envidia; así como de heroísmo, dolor, exaltación de la alegría, miedo, soledad. Nos acercamos a tantos sentimientos, ideas, desaires decepciones; acciones de solidaridad y generosidad. Ideas, emociones, transformadas en personajes que tienen vida en la palabra y el papel.

Vivimos en el mundo de la realidad y la imaginación. Estos dos universos se hacen presentes en Germánico Solís en su texto **RELATOS DE UNA ALDEA VIOLETA**. Relatos cortos que el autor presenta ambientes de descripción minuciosa. Vemos en la imaginación, calles, casas, chaparros como en el relato “¿Era el cura cachureco?” En esta pequeña historia, el centro de los acontecimientos es Manuel Brazales que observa las caminatas del cura Oliverio Prieto. Está seguro que el religioso camina para aplacar las tormentosas ansiedades y purgar los terrenales desvíos, deslices y vicios. Cura de reputación sodomita. Esta narración tiene soporte en el rumor y la opinión del personaje sobre las caminatas sospechosas del cura. El autor tiene riqueza léxica, trabaja el lenguaje al servicio de la historia que relata.

En “El Crucifijo que habló”, el autor detalla la luz, describe retablos y centra su cuento en una beata impertinente y temática que abandona los reclinatorios y se retira a orar cerca de la imagen de Cristo Crucificado. De rodillas preguntaba a Jesús: ¿Quién sois

vos mi gran Señor? ¿Quién soy mi Gran Señor? El sacristán no sabía como eliminar la presencia de la mujer. Pero se ingenió respondiendo las preguntas de la beata fingiendo la voz de Cristo. ¿Quién soy mi Gran Señor?, preguntó una vez más la mujer. El sacristán respondió: Quién más vas a ser, sino la triste tuerta Robles. Juega con el humor popular, que ha escuchado en las conversaciones cotidianas.

En el cuanto “La muerte cabalga en una pompa de jabón”, Germánico Solís recurre nuevamente al uso de imágenes. Describe la iglesia. Narra los rezos, nos deja oír las voces de las mujeres piadosas, los cantos sagrados. Nos descubre la variedad humana desde el zapatero remendón, el carnicero, la alcahueta, los borrachos y prostitutas. Nos recuerda los buses de carrocería de madera y el chofer intrépido Amado Espinosa al volante.

Analiza el valor de la palabra oral como parte esencial de la convivencia armónica y nos recuerda que la memoria recoge la cultura que se trasmite de generación a generación.

Esta historia técnicamente es la más elaborada. Utiliza diferentes puntos de vista con sus personajes. Incluye a los personajes como parte de la narración. Elabora un juego de voces y acciones.

Germánico Solís se concentra en los ambientes como elemento dinámico de sus narraciones. La oscuridad, la noche tétrica, la cantina sucia. La borrachera y el miedo cuando el trasnochado pasa por el hospital San Luis y el anfiteatro. El alcohol se relaciona con el miedo y la muerte.

Nos participa fenómenos sobrenaturales de pánico y terror. Acontecimientos que suceden en la noche y la madrugada. No busca lo cotidiano, sino más bien hechos sobrenaturales y parasicológicos.

En “El Pailón del diablo” analiza la desgracia del accidente de tránsito, la muerte y la destrucción. Sigue el dolor de los velorios y los entierros de las víctimas y el sobresalto cuando el cadáver se levanta de

la caja mortuoria. Los personajes miran, sienten la muerte como un enorme faldón de mujer.

Le presenta al lector el infierno como un cuadro pavoroso de múltiples maneras de tortura. En “Castigo eterno” considera el concepto de pecado y condena; vida y muerte; pecado y perdón.

Las narraciones tienen diferentes fuentes, como en la “Fontana de Neptuno”. Relata con mucha imaginación a ninfas, ondinas, al Dios del mar Poseidón, personajes míticos de la cultura occidental. Entonces, con sutil habilidad, los engarza en la gruta de la Virgen de Montserrat, un lugar donde se corta el río Jordán. Poseidón después de la guerra de Troya, organiza la conquista de los territorios de Otavalo. El sabio taita Imbabura prepara la defensa.

El autor nos hace asistir a un combate con flechas, lanzas, pelea cuerpo a cuerpo, hondas, hachas de obsidiana. Combaten aborígenes contra extranjeros. Triunfó Poseidón. Neptuno glorificó la victoria con la celebración de comilonas, desórdenes, voluptuosidad y saqueo. Simboliza la lucha de dos culturas. Pero en la contienda definitiva Taita Imbabura gana la guerra. Ordenó que se evaporen las aguas de ríos y lagunas y vomite el volcán.

Neptuno con sabiduría reconoció la derrota y en homenaje a Taita Imbabura hizo reventar truenos y ordenó que las aguas de un gran aguacero llenen nuevamente ríos y lagunas. Toda Imbabura guarda en la memoria estos acontecimientos. Neptuno pidió al Dios de los sueños que alumbrase el ingenio de los artistas y construyeran una fuente en honor a Neptuno. A continuación relaciona el relato con un evento histórico y real como la elección de la Reina de las fiestas del Yamor de 1965.

Le gusta considerar los temas religiosos, la muerte, el miedo con personajes que existieron y viven en Otavalo y alterna con la ficción. ¿Es justificado este procedimiento? Desde luego que sí. La literatura es un verdadero saqueo de la realidad para crear un universo imaginado de

palabras. Muestra al lector lo que somos, nuestras emociones, ideas, desesperanzas, en una palabra todo lo humano de las personas transformadas en personajes. De esta manera, la narrativa nos devuelve nuestra imagen como un espejo donde nos miramos, nos conmovemos y reflexionamos. Esto es lo que intenta Germánico Solís y los escritores que luchan con la palabra.

Ha sido una lectura de textos sugestivos. Escribir exige leer y descubrir los trucos que necesita el autor para contar una historia. Sin embargo, no es suficiente la técnica, el lenguaje, los personajes. Es necesario tejer acontecimientos, ambientes, tiempo y espacio. Definir la personalidad de personajes y entrelazar tramas que organizan un mundo narrativo imaginario, inventado, o narraciones con componentes de la realidad, muchas veces tan profunda y compleja como la imaginación.

En hora buena con "Relatos de una aldea violeta", felicidades a Germánico Solís, estaremos pendientes y en espera de su futura obra. Los relatos de este libro prueban que los escritores recorren la ciudad fabulando historias para suplir las deficiencias de la Historia.

¿ERA EL CURA CACHURECO?

El fraile se deslizó como un ventarrón por la Plaza Copacabana. Miró la estación del tren, y asegurándose que no apareciera automotor alguno, se encaminó hacia el norte de la población. El religioso en sus largas caminatas ponía a prueba el aguante de sus sandalias, y escuchando como ruta los rieles, se perdía en el deslumbramiento de llegar al poblado de Peguche.

Junto al camino de hierro y hasta el conocido socavón, desde la estación ferroviaria de Otavalo, vigilaban de lado y lado añosas casitas en donde se colgaban las mazorcas de maíz, y los largos bostezos de las viejas, que saludaban al cura con devoción, en el ánimo de ser dignas de esas dádivas de los clérigos: una medalla, o la mueca de ser reconocidas como oradoras de la iglesia en la que el cura ensayaba sus homilías. Sus carnes cubría el predicador con una raída sotana color café.

El sacerdote en contados brincos y sin chocar su mirada con la de las fieles, avanzó sobre los durmientes, bordeando la enigmática gruta, que en años venideros sería la morada de la efigie de la Virgen de Monserrate. Prolongó su caminar por las barras de acero, despreciando el apareamiento del empalme de la calle que en buen tramo, acompañaría a la línea férrea. El paso es conocido como Monserrate, y estaba formado por campechanas casitas blancas, que no tenían otro orden que el sueño de sus hacedores, acomodar sus hogares entre construcciones altas y bajas, unas con balcones y otras, únicamente con aleros y puertas magras de madera. En sus interiores, palpitaban mil cuentos de los diarios chascos de payadores, de gentes que gemían las penalidades de las chacras, y de los sucesos en las enjutas tascas.

Monserrate callecita escenario de beatas, pecadores y compadres, fritaderas y guitarristas.

Angostillo compuesto con un carajo de un indio trasnochado, de palomas, ranas farristas, y de los postes de madera que aguantaban los jirones de alambres, y luces nocheras que servían de traza a miles de danzantes insectos, que girando en una ronda interminable consumían la ambarina luminosidad.

Para las agudezas del penitente las casas y casuchas del barrio Monserrate eran familiares, y a medida que sus marchas devoraban la enriada cañada, surcaban en las aguas de sus angustias: el cauce de una vertiente, la

figura del cristiano errabundo que cargado una urna concienciaba la limosna de los piadosos.

El paso del místico por el barrio estaba forzado hacerlo por frente a la escuela, a la cancha de fútbol llamada "El Campin", luego llegaban las hileras de pencos que cosían como mojones las parcelas de los vecinos, hasta llegar a la pampa de la hacienda de San Vicente, enseguida, el derrotero se vestía con ropones de verdes enramadas, chilcales, y como gran atavío del paisaje, el llanto del viento que a veces anidaba su viaje en la copa de los eucaliptos.

Las caminatas del hermano, se cuchicheaba: eran en el afán de demostrar el ayuno, y que sus prédicas alcancen los gorriones, y en especial, las almas de los irreligiosos que se inquietaban por la catequesis, deseosos de conocer los símbolos de las calaveras, de los libros, velas, rosarios, y de acariciar en oportunidades el anudado cordón capuchino.

Y transportando el evangelio era rutina observar al monje en sus andares, desde la estación del tren hasta Peguche, agazapado con sus manos cruzadas, perdidas en las anchas mangas del hábito. Dueño de un aura medieval, y de un deleite que le permitían exponer la redondez de su rapada corona, y a modo de diadema un antiguo corte de pelo rodeando su cabeza. Su palabra y voz para muchos era considerada como bendición y expiación de los pecados; otros en cambio entendían como una identidad de un llegado de lejanas tierras y que emparentaban a llamarle por el acento con el mote -y vale para esta narración- como el padre Oliverio Pietro.

Pero en la población otavaleña existían personajes ocultos, que acariciaban otros susurros y explicaban que el párroco estaba loco. No así para Manuel Brazales quien sustentaba que las caminatas del cura obedecían a las tormentosas ansiedades por purgar los terrenales desvíos, deslices, vicios, y falta de templanza, calificando a Oliverio Pietro en cierto momento, como un despreciable sujeto que exhibía una reputación de sodomita. Los excesos de las aseveraciones de don Manuel en una vecindad pequeña y devota como la de un Otavalo de inicios del siglo veinte, colmó la indignación del canónigo que en atribución al poder que le investía la religión católica, prometió recurrir a los oficios de la fe para excomulgar al acusador, reprobándole desde el pulpito con inculpadores sermones y profetizando que en un futuro el alma del desdichado, no tendrá entrada ni al mismo infierno, y su nombre deambulará en errante condena, advirtiendo además que no será perdonado ni en el mismísimo día del juicio final.

El tenebroso vaticinio del predicador se filtró en los corrillos, en los zagua-

nes, en los voceros del gobierno, en la administración pública, en la oficina de correos, en la comisaría, llegando a ser murmuración diaria de los gendarmes del cuartel local, y hasta de los más menesterosos del pueblo. Los alambres del telégrafo no se cansaron de transmitir a donde más pudieron de la ferocidad del presbítero y de las vergüenzas diarias que sufría Don Manuel Brazales, quien haciendo uso de un instinto de defensa prometió recurrir a cualquier recurso con la finalidad de que prevalezca su chivatazo en contra del mal misionero y deshacer su condición de maldito.

Un día cuando el humillado Don Manuel caminaba por las calles de la ciudad, haciendo ostenta de una indomable estirpe de buen peleador, aunque esta vez de manera desigual, se le acercó un compasivo vecino haciéndole enterar de un suceso que cambiaba el rumbo de sus inculpaciones, y que trastornaron mayormente la carcomida tranquilidad del otavaleño. Supo del concúbito y amancebamiento forzado con la otrora célibe catequizadora Marina Saransig, que para complemento de su desdicha era una agraciada paisana y esposa en ciernes.

Pero el piadoso confidente entregó también al lastimado Manuel Brazales, una fantástica receta para comprobar si en verdad llevaban o no mala vida los inculpadados, la misma que era un sortilegio que tenía efecto solamente cuando el amante era un clérigo, y consistía en perseguir en sigilo al infame en sus correrías por los caminos de Monserrate, y tapar con un sombrero una huella dejada por la sandalia, tomando en cuenta que al momento de levantar el sombrero la pisada del capellán se vería transformada en una marca de herradura de muía. Como se contó, el seguido Oliverio Pietro solía escoger los rieles como vía para sus lances, resultando hacedero al celoso Don Manuel Brazales cumplir con la fórmula de cubrir el rastro del ermitaño. El otavaleño al momento de levantar el sombrero descubrió lo que usted y yo nos preguntamos ¿era el monje cachureco?



EL CRUCIFIJO QUE HABLO

El poblado no era más grande que un manojo de casas. En otros tiempos esos suelos fueron Corregimiento, y más tarde por disposición del Libertador relumbró su condición de Villa. La ciudad entretejía numerosas calles formando un calculado ajedrezado. Existían dos parques, y en uno de ellos inexplicablemente, se habían juntado los cogotes y las cabezas de tres caballos hechos de un raro metal; de sus hocicos, brincaban chorros traslúcidos de agua. Era curioso, jamás el líquido salido de las entrañas de los alazanes terminó por llenar el estanque de la pileta.

Del lado oriental de la localidad por donde aparecen los disímiles soles, descendía diariamente el tren. Venía desde Quito, su resoplido era evidente cuando se aparecía arrastrando el largo convoy en serpenteo desde la tercera línea, para agitado detenerse en la antigua estación, a coquetear con las hueveras, con las mujeres de polleras vistosas, y a despachar al cielo, humo con olores a duraznos y a limoneros.

En el andén, la trifulca de las voces de heladeros y vendedoras de canelazos, graciosamente particularizadas por el dejo de sus gargantas., buscaban los dos reales que generosos salían de las chaucheras de los chinchosos viajeros, que parcos se acomodaban en el vagón de primera clase.

El villorrio se partía en tres, logro de los rasgones hechos por el mismo número de ríos cristalinos y de aguas heladas. Al ocaso, una meseta a modo de altar, y más allá azuleando el triángulo del gran altozano, cuyo vértice desgarraba la atmósfera en dirección a la nada. Al sur, otra montaña, vestida de parches multicolores y encrespados acantilados que olían a mortiños, a cerotes, y en su vientre, aseguraban los viejos había una cueva atiborrada de esterlinas atesoradas por una legendaria banda de bandidos que asolaron la región. Hacia el norte en contraste, una interminable vista salpicada con trojes, arboledas, ondulaciones, y haciendas lindando con el sorprendente infinito.

La ciudad era hermosa. Las casas en su mayoría hechas de tapias, gráciles remedos de estancias peninsulares, agraciadas por la gimnasia de las golondrinas, que iniciando la estilizada voltereta en los orificios dispuestos por los aleros y las tejas, se perdían en las lejanías. Desde los balcones las lugareñas disfrutaban del ir y venir de los indios, que ligeros sorteaban por las callecitas empedradas, apertrechados de sal, velas, y harinas, encaminándose hasta las chicherías.

En este ambiente, el alboroto se daba los sábados a consecuencia de la gran feria, los mercantes comerciaban con granos y otros alimentos campesinos. Una considerable extensión de suelo y toldos era el atractivo para propios y forasteros. La plaza era esplendorosa, los mestizos exhibían ollas, platos de barro, mientras contiguos, los indios llegaban a un acuerdo con los compradores de sogas, esteras, chilpes, guatos, piedras de moler ají, candados trabajados por los herreros, aperos de labranza y decenas de aparejos elaborados en madera como las mamas cucharas, las bateas, además de cedazos y baldes de hojalata.

Los domingos en cambio desde muy temprano las campanas de las iglesias convocaban a los devotos a las diferentes misas, y en las tardes, a la oración del rosario. Los vecinos lucían como contrasena de respeto al dueño de las alturas, y por que no, como expresión de elegancia los mejores ropajes, en su mayoría de colores oscuros. Muchos de los hombres ostentaban solapas, corbatas, y sombreros. Las mujeres galanteaban abrigos y sacones, zapatos de taco alto, exóticas fragancias y coloretes. Sobre sus cabezas y cubriendo gran parte de la cara, era común el uso de las mantillas, adorno obligatorio en las prácticas de la fe católica. A muchas de estas mujeres se les llamaría...beatas. Los jóvenes a su vez aprovechaban ese día para chantarse atractivos vestidos domingueros, e intercambiar durante las ceremonias, esquivas, e innegables miradas de complacencia con idílicos amores.

Y, fue en la iglesia del frontal de piedra y de la redonda cúpula color verde perla, donde la luz transparentada, se repartía, saliendo de los ventanales por encima de los feligreses que se habían acomodado sobre los reclinatorios, enfilados, en admirable simetría. Las voces de los asistentes se volvían un resonante y grandioso coro, cuando en contrapunto con el armonio, entonaban afligidos sacros cánticos dirigidos al Gran Padre, y a la Santísima Virgen. El cura engalanado con la vestidura ajustada para dirigir semejante oficio, se paraba en uno u otro sitio del altar mayor, dándole magnificencia al santo sacrificio, sembrando en la atmósfera el momento ideal para subir al pulpito, y discernir sobre temas que ayudaran a enderezar las diatribas de los pecadores.

En las paredes laterales de la iglesia se había construido una cantidad de retablos, en los que se alardeaban las tallas de vírgenes, santos, y crucifijos, en derroche de los humanos ardores. Las mujeres asimismo se encolumnaban en dirección a la ventanilla de los confesionarios, en espera del turno para desembuchar en las orejas de un fraile dormido, pecados, chismes, y una cantaleta de secretos, con el solo deseo de ganar indulgencias y apoderarse de la comunión, acto que salvaría sus tentadas almas.

Recibida la santa comunión las devotas silenciosas volvían a sus asientos, permaneciendo largo tiempo en una posición de gozo, y a la vez de arrepentimiento, arrodilladas, las manos juntas, y las cabezas casi en contacto con el suelo. Pasado esos prolongados minutos empuñaban los dedos para golpear vigorosamente sus pechos, y terminar sus rezos diciendo: amén.

De todas estas beatíficas matronas había una señora, que cierta vez exageró sus rezos sobrepasando el tiempo del culto, permaneció en oración una verdadera eternidad, al colmo que en esa oportunidad llegando con la alborada abandonó el templo en horas de la noche. Toda ella era un extraño arrobamiento, y en su cara se veían claramente las angustias terrenales.

Los domingos se sumaron uno a otro. La presencia de la distinguida señora en la iglesia se fue transformando en hábito, alcanzando a conmover a los vecinos de la ciudad, que siempre hablaban del acto como ejemplar, conmovedor, y de mucha piedad. La beata perfeccionó su rito, abandonó los reclinatorios y pasó a postrarse en una banquita frente a un retablo, en él se guardaba una venerada imagen de un crucifijo al cual se le atribuían muchos milagros.

La oblación de la benemérita mujer se amplió no únicamente a los domingos, sino, poco a poco, al resto de días de la semana. Motivo de admiración para unos, de ataque para otros, y de sería incomodidad para el sacristán, que cada vez se limitaba a disfrutar de su tiempo por la irrita circunstancia de cerrar la iglesia finalizadas las plegarias de la orante. Durante los prolongados embelesos y furores, la piadosa empezó a manejar un arenga frente a la atribulada imagen del Cristo, expresándose de la siguiente manera “¿Quién sois vos mi Gran Señor?” y “¿Quién soy yo mi Gran Señor?”, repitiendo la frase en tanto que las horas pasaban lentas una tras otra.

Mientras la bienaventurada exclamaba centenas de veces “¿Quien sois vos mi Gran Señor?” y “¿Quien soy yo mi Gran Señor?”, en espera seguramente de alguna iluminación para satisfacer la interrogación, el cansado sacristán no encontraba manera alguna de eliminar la presencia de la mujer, que empezaba a agotar su caridad. Luego de mucho tiempo y de mucho aguante, un día el sacristán decidió esconderse entre las interioridades del sagrario, con la finalidad de buscar en el ingenio alguna manera de frenar a la beata, que tanto malestar le venía causando. Hasta que apareció la mujer vestida de negro, caminado lentamente, con la cara descarnada y envuelta en una mantilla, venteando a incienso, agua bendita, y a cera recién ahogada.

El iracundo sacristán se acomodó, y en los instantes que la vieja ensimismada empezó con su alocución de “¿Quién sois vos Gran Señor?”, y “¿Quien

soy yo mi Gran Señor?”, se oyó una palabra superior -que no era otra sino la del sacristán- alegándole a la preguntona “¡quien más vas a ser, si no la triste tuerta Robles...!” Furibunda la ofendida se paró respondiéndole al Cristo que suponía fue el que le habló y a quien inquiría, hablándole de así: “¡Mapa Cristo! ¡Kushnyashka Santo!” que en la lengua nativa equivale a “¡Cristo sucio, descuidado, desaliñado! ¡Renegrado Santo!”. Luego, apurada se perdió por el camino que se retorcía junto al famoso socavón, balbuceando en su desengaño el enojo, y la promesa de no volver más hasta la iglesia del frente de piedra. El sacristán en cambio pudo seguir en sus andanzas por la ciudad, inclusive, supo buscar la explicación del porque las esculturas de los tres potrillos de la pileta, chapoteaban sus patas en el agua que mantenía el estanque, y que nunca terminó por llenarse. La ocurrencia se dio en la ciudad de Otavalo durante los años cincuenta.

LA MUERTE CABALGA EN UNA POMPA DE JABÓN

*Andanzas mágicas, y
travesuras de un sacristán*

Las picudas torres del templo de San Francisco saltaban irreverentes buscando pinchar las nubes que rasantes enmadejaban el pueblo, querían reventarlas para encontrar el brillo del cielo que se había ausentado durante casi todo el día. Las palomas, en su habitual obraje caminaban bajo los alabastrinos arcos del campanario, yendo y volviendo en un tambaleante y ligero picoteo, practicando el adiestramiento de tornar sus cabecitas en un perpetuo y sincronizado: alargar y recoger. De repente, y luego del hábil manejo de la jarcia campanera: ¡talán!, tan, ¡talalán-n-n-n!; ¡Talán!, tan, ¡Talalán, talán-n-n-n, sonó convocando la marimorena de los bronce, encolumnando instantáneamente a las devotas del Santo Rosario que aparecieron como moscones, unas, vestidas con capirotos negros elaborados con felpa de murciélago, y otras, envueltas de la cabeza a los pies con sus chalinas, atuendo convertido en capuchón para esconder los semblantes acartonados, como solían los seminaristas. Es decir, las manos juntas en una preparada geometría de piedad, los cráneos inclinados besando las puntas de los dedos, y todo, encolado a sus descarnados bustos. Ésas mujeres, ocupando los puestos de siempre colmaron los reclinatorios. Después en coro: Santa María Madre de Dios ruega Señora por nosotros los pecadores -tilín-tilín-, kristileíson, -talán-talán- Ahora y en la hora de nuestra muerte. Luego, el manoseo de las bolitas ensartadas que terminaban en grandes Cristos. Más kirileison, -talán-talán-. Virgo Beneranda, -tilín-tilín- Virgo Predicando, ora probis-s-s-s. Golpes en el pecho, ¡pun! ¡pun!, inculpando el pecado. Golpes en el pecho, ¡pun! ¡pun!, disculpado el pecado. El grupo entonó de seguido, cantos que desgarraron aún más la desnudes lacrada de los Crucifijos, Cánticos lastimeros que asimismo, arrancaron lagrimones de los afligidos ojos de vidrio de las imágenes que representan a la Madre de Dios. Madres que apachurrando entre sotanas, senos, y manos, a los Niños Jesuses, les encumbraban desde los traseros haciéndoles bailar en gozo a la inocencia. Más tarde: Los

Versos de los Misterios de la Resurrección. Kirileison, ora pronobis; Virgo Beneranda, ora pronobis. Amén. Luego de engolfarse, las piadosas caminaron en reversa hasta la puerta principal de la iglesia, claro está sin malgastar la ocasión de llenar las alcancías del Santo preferido, que a propósito del óbolo, hacía chispear la aureola clavada en el occipital de la mollera. Amen. Y los cánticos se quedaron flotando en la atmósfera de la gran nave diciendo:

*Purifica mi alma
de toda malicia,
sangre redentora,
vida de mi visa...*

Las campanas del templo chirriaban hora para la misa de cinco. Hora para la de seis. Hora tañendo a Muerte. Hora, nuevamente para el inevitable Santo Rosario. Era el ajetreo habitual. Y al oratorio, entraban los pobres y salían los ricos; salían los indios, entraban los blancos. Oraban las beatas, bisbiseaban los liberales. Los viejos se arrodillaban a la par que los jóvenes se santiaguaban. La manceba jadeaba implorando un macho, la adúltera confesaba odiar al marido. El ladrón pedía al Señor de la Justicia bendiga su trabajo. El honesto maldijo su condición. Y, ¡todos!, todos se embadurnaban enteros con agua bendita venida desde la caldera en la que se purifican los pecados, seguido, escarbaban en el sahumero algún resquicio para engañar sus conciencias. El cura se chamusca en sus yerros, pero perdona los del prójimo. El militar quiere ser abogado. El profesor reniega no ser diputado. El celador quiere ser jefe. Monja la prostituta. Luego, ¡talán-n-n-n!, ¡talalán-n-n-n!

Él, los conocía a todos, llana y sencillamente a todos. Al comisario, al comerciante, al chulquero de chaleco, al vecino que esta en joda. A la alcahueta y a Orfelina. Al zapatero, al rengo, al manco, a las pecosas, a las gemelas de ojos zarcos, a los pleitistas, a los borrachos, al telegrafista, al carnicero, a las chicheras, a los mayordomos, a los hacendados, a los picapedreros. Él conoce perfectamente quien es el lluro, la chueca, las placeras, los médicos, los de la banda municipal, al herrero, al hojalatero, al comerciante de cedazos, al camionero. Sabía quién era el brujo, cuál la comadrona, a los ferrocarrileros, a los aguateros, a los apostadores. ¿Cómo no iba a saber quién era el dueño de la ferretería?, ¿el propietario del Teatro Apolo?, ¿el gerente del banco? Les tenía ubicados a los maricas, a los señores, señoritos y señorones. Daba fe de las putas, de los aventureros, de los concejales y pagadores, identificaba a los vagos, imbéciles, y picaros, y sólo con la parada intuita, el linaje de las celestialidades de ese Otavalo querido. Es que él poseía un rei-

no entero, yo -decía-, ¡yo soy el sacristán!, ¡yo soy el campanero! ¡yo soy aquel que con repicar conmuevo a todo el pueblo! Yo, el que mientras ordena el cordaje de mis adoradas campanas, interpreto la fantástica sinfonía del talalán, tan, tan, a la par con mis metálicas ventosidades, emulas de cornos, tubas, oboes y flautines. Todo es mío, empezando desde el perpetuo norte, hasta más allá del Mojanda al sur, allá donde se pierde la vista. Es que Otavalo fue una ciudad hecha de puro oro, tapias de oro, tejas de oro, vidrios de oro, balcones de oro, puertas de oro, parques escarlatas, calles empedradas reflejando la más fina pedrería. Aves de oro, arboledas de oro, iglesias de oro. Lomas que no eran otra cosa que gigantes diamantes, cerros que eran enormes montones de esmeraldas, y terrenos de ópalo y fuego en los que crecían fabulosos árboles de manzanas y duraznos, colgando de sus ramas increíbles frutos del tamaño de las ballenas. ¡Ay Otavalo!, mi Otavalo del alma, la del cielo de plata, aire para que se enfilen las garzas con porte de cóndores, y quindes que miraban como diminutos madrigales a los lagos, en tanto que las bungalas como aeroplanos paseaban en sus grupas a las guaguas. Otavalo, parcela dorada en la que las penas por ser pequeñas no existían. Otavalo suelo natal del viento, ése que recorre entre matas y chaquiñanes silbando la canción de oro que cuenta, que tú terroncito mío, eres la loca tierra donde se consigue amores sólo con el rondador. Otavalo de floripondios y nardos que en litúrgica floración, embalsamaron las ternillas chatas y alargadas de los duendes. De allí que yo el Lucho, me mantuve como el atractivo de Santos y niños, porque el ¡pop!, ¡pop!, ¡paff!, de mis flatulencias eran un reguero de descomunales pompas como las de jabón, unas de color fucsia, otras pintadas con tonos verdes, cientos esmaltadas de naranja, miles tinturadas de carmesí, y tantas con fulgores lilas. ¡Bombas!, ¡bombas y más bombas!, flatulencias lindas, ¡preciosas! cuando liberadas eran un concierto en pareja con el redoble de las campanas. Que cosa más graciosa los niños tras de mí, aguaitando los borbollones de mí pedorrera, para entre rizas y apuros, detonarlas con sus narices, patearlas, descubriendo en cada globo de mis pedos: sorprendentes combinaciones de colores y aromas, mezclados con un fugaz chisporroteo, tal que fueran el silbido de alta pirotecnia. ¡Lucho!, ¡¡¡Lucho!!!, te asomabas de sopetón en cualquier bocacalle, trajeado de Rey, con cetro y corona en el parque Bolívar. Así, en el socavón, mirón de la mansedumbre del estanque bruñido por la danza de las peñadillas de oro, nerviosas volatineras de la profundidad. Pero sobre todo Lucho, siempre, toda la vida, siempre, dominante Emperador de tu barbacana, fortaleza constituida especialmente para ti en el convento.

¡Talán!, ¡talalán!, ¡tán-n-n-n!

La regia ciudad fue levantada al fondo de una hermosa hondonada conocida como el Valle del Amanecer, tajo de ensueño en la cumbre de la cordillera, pa-

raje exótico y fragante a niebla. Aunque no era de gran extensión la llanura, la población brotó en medio de impresionantes montañas, que siendo bellas, entrañaban la presencia también de abismos y peligrosas quebradas envueltas en extraños embrujos. Certeza que apreciaron arrieros y muías, y posteriormente, camioneros y pasajeros que serpentearon caminos de polvo y piedra, de los que había que desprenderse lentamente, previniendo amenazas y otros riesgos hasta ingresar al encantador poblado. No eran pocos los viajeros que situados ya en las peligrosas curvas, se agarraban de los agarrotados asientos pronunciando reverentes encomiendas al cielo, el afán: que los desbocados sacudones, la inercia, y el peso del armatoste, no se destine hacia las formidables oquedades que se avizoraban desde las ventanas. Hay nombres de caseríos cercanos a Otavalo, que en la historia son de legítima pertenencia, Buenos Aires, esfera superior en nivel a Otavalo, o El Empedrado, barrio anfitrión de los atrevidos trotamundos que doblegaron las alturas, junto a fardos y bestias, y a la postre, de transportistas que llegaban desde Quito, o desde el sur del país. Hombres indomables de cuyas manos se derramó en la ciudad un incipiente progreso. Para ellos, nunca faltó el noble flameo de un pañuelo, o el sentido lloro en recompensa a las desgracias ocurridas a causa de fatalidades producto del agreste camino. En estas aventuras sobresale el nombre de don Armado Espinosa, intrépido del volante, que junto a otros valerosos nombres desafió la adversidad de los caminos, fundando una de las primeras cooperativas de transporte que recorrió los encrespados coladeros ecuatorianos. El personaje alcanzó notable éxito económico como honra a su audacia, y a una titánica gestión: poner en circulación las primeras unidades de transporte colectivo, las fantásticas flotas con carrocerías de madera: adelanto de aquellos años, pero que muchas veces se transformaron en certeras estacas, cegando de manera horrible, la vida de los desafortunados que tuvieron la desventura de perecer en incontables accidentes. La madera de esas carcazas fueron brutales rejonas que atravesaron los pechos de viajeros, y como si se volvieran también rústicas guadañas, cercenaron decenas de cabezas, ocasionado espeluznantes regueros de sesos, tripas, y sangre, en las laderas serraniegas. Motivos suficientes los descritos para que en cada carruaje se exhibieran pintorescos altarcillos decorados folclóricamente, y que, encerraban a una cantidad de imágenes socorristas, en representación de las Vírgenes del Volante, de Baños de Agua Santa, del Cisne, y otras consagradas a la protección y guarda de chóferes, ayudantes, y viajeros. De igual forma, muchos conductores a su paso por Otavalo depositaron su fe en la imaginaria local, veneraron a diferentes esculturas, en honor a una ansiada búsqueda por reforzar sus convencimientos religiosos, así como amparo adicional, para salvaguardar sus cuerpos de la Parca glotona asocia-

da al infortunio. Tal es el caso del mismo Don Armado Espinosa, convencido creyente y asiduo visitante del templo de San Francisco, quien en sus angustias recurría a la piedad de Nuestra Señora del Carmen, benefactora retratada en un bien logrado lienzo. Retablo en el se observaban reveladoras tallas de hombres calvos y mujeres flageladas, en actitudes que agrandan los espantos ocasionados por el fuego del purgatorio. Lenguas inclementes del castigo en forma de brasa, cruel candela que no quema las almas, pero que simboliza la inquisición de la culpa, la esperanza de expiar las penas, para enhorabuena, alcanzar el cielo. El devoto acostumbraba orar perdido en sus dolores, ofreciendo recato. Y en su aflicción por las desazones mundanas, agradecía las penitencias, a la vez, los favores recibidos de la misericordia de la Santa Madre, era hábito llenar las arcas de tan bienaventurada Señora.

En aquellos tiempos, la palabra era la mejor forma de transmitir los sucesos que ocurrían en la ciudad y en las proximidades. La palabra, inspiraba una ceremonial credulidad, respeto, estima para las personas que divulgaban las novedades y acontecimientos, y aunque éstos se avisaban de persona a persona, hasta que conozca la comunidad entera, se afirmaba, que la narración no sufría alteración alguna. En cierto verano, como si se tratara de una mancha de pesado y oscuro aceite, se empezó a regar lentamente en la ciudad, innegables conversaciones que los interlocutores prometían guardar como secreto. Se hablaba quedamente, se decía que se estaban produciendo una serie de hechos insólitos, absurdos, con arbitrio para envolver a la población en un crespón de misterio y estremecimiento, razón que amedrentó a indios y blancos, a pobres y ricos. Coligiéndose de aquellas charlas ¿seré yo el próximo?

Muchas almas se abatieron con inexplicables males que conllevaron al pánico, dada la brutal manera de concluir la vida, y en el mejor de los casos, naufragarse en crueles postraciones que hacían pedir a gritos, que sea la muerte la que acabe con un raudal de insufribles y tormentosos dolores. Es de imaginarse, cómo personas lozanas y llenas de vida, en un estrecho lapso se desplomaban en las calles, torturadas por indescriptibles convulsiones, entregando violentas escenas de horror a los caminantes, botaban chorros de malsana espuma por la boca; a la par que sus carnes se contorsionaban en medio de espeluznantes agonías. ¿Era la epilepsia? ¿Era el azote de la peste? No. Era el horror de encontrarse frente al funesto umbral del final de los días. Era, el atroz terror de descubrirse en la hilera orientada hacia el frío catafalco. Era hacer frente a las cuencas de la muerte que rabiosa atisbaba por las rendijas de las puertas; oír agitaciones en el soberado, obstinados corcóveos para desterrar la estrepitosa riza del insensato esqueleto espía. Al interior de las viviendas las gentes iniciaban los sufrimientos con leves dolores de

cabeza, vómitos, fiebres; luego la piel, la piel tirando bruscamente a un infecto tono amarillento, traía lo peor, el deterioro de la carne, hasta convertirse en verdaderos espectros vivientes, ánimas malditas que en el transcurso de poco tiempo, eran el estorbo y vergüenza de las familias. A esto, se agregaba las correrías para buscar el auxilio económico: ¿que podían dar un par de zapatos?, el catre para solventar las penalidades que causaban las recetas de los médicos. Las largas exigencias de los curanderos, que no encontraban efectivas las limpias con flores, velas, aguardiente y tabacos, la práctica de la ortiga y el hechizo santero. Finalmente, luego de vergonzantes experiencias, todo terminaba en lamentos, quejas, desconsuelos con muestras de aflicción. Se arrinconaba momentáneamente el hedor, la pestilencia; la angustia de haber convivido con sombras putrefactas, quizá maldecidas, de antemano sin lugar en el cielo, sin lugar en la hoguera, sin sitio en el purgatorio. Nunca resultó fácil introducir en el hoyo del olvido, los ropajes proscritos a la incineración. El deshacerse de ellos, siempre fue interpretado como estigma de haber usado, la macabra túnica perteneciente a la cadavérica matancera.

El embrollo de la vida siguió su curso como un sainete sin fin, en el que se utilizaban alegres y tristes antifaces. La mueca ordenó a un tumulto irrumpir la holganza de la vecindad otavaleña, ocasionando un enardecido alboroto que escandalizó a los forasteros y lugareños que habitaban en el centro, y en las barriadas del poblado. Los palos se levantaban a modo de lanzas, y el griterío desembuchaba palabras de grueso trueno, que iban desde la infamia hasta el aseguramiento de cumplir con peligrosos juramentos. El eventual asunto había optado como plaza, el cruce de las calles Bolívar y Olmedo. Pintoresca bocacalle, desde donde se encumbraba sandunguera la iglesia de San Francisco. Las protagonistas del inusitado encontronazo: el bando de las enjutas mujeres vestidas de negro, piadosas del Santo Rosario; y un amorfo grupo de individuos resentidos, fuereños picados por la cólera. El desatino les hizo llamar: sacrilegos, profanos, herejes, ateos. Hueste minúscula la del invasor, pero acicalada de rancios combatientes que a viva voz, enfrentaron agravios y garrotazos. Brutos enloquecidos por oscura causa. Ciegos que multiplicando la ferocidad y la fuerza, trocaron el músculo por el repentino barrote que zarandó la hasta entonces maciza puerta del santuario, infranqueable broquel del templado fortín. Más pesó el coraje que el sólido portón.

Las hojas desvirgadas se abrieron de par en par, empujadas acaso por un peregrino designio ofrecieron sin resistencia su recóndita entraña. Se sabía por vaga referencia, que la misión de los agresores, no era otra que la de incendiar el alma de los otavaleños, y calcinar en la hoguera, a una dudosa Imagen Sagrada venerada por nativos y desconocidos. El albur de una malhadada

conversación era el nacimiento del fatal propósito: terminar con la sospechosa milagrería endosada a la incriminada escultura.

El bochinche y el ardor del combate, descuidaron fijarse en la escuálida puerta de la sacristía. Hornacina de madera por la que huye la acosada efigie, resguardada puritanamente por algunos varones consortes de las viejas pleitistas. La idolatrada imagen fue estibada a costa de aprietos y rastreos en dirección al asilo: una vecina edificación de doble piso que todavía existe, y se atestigua pertenecía a un cristiano de apellido Rodríguez. Las iracundas veteranas apagaron la reverberación del encono afinado en los ánimos, alejándose del palenque sin explicarse cómo, y en qué momento se esfuma la perseguida estatua. En todo caso, unas atribuyeron el asombroso desaparecimiento, al prodigio del poder divino. Otras se convencieron al contrario, diciendo que fue obra de la traviesa picaresca del Demonio, prueba fascinante del poder que tiene las negras artes.

En este mundo todo tiene fin y nada es eterno. Un día los paisanos otavaleños le encontraron muerto al Lucho el misario y le llamaron difunto. Fin del Lucho. Ocaso del esplendor del imperio de Lucho El Grande de Otavalo. Cese del auge del campanólogo, de yo el sacristán; de yo dueño del cordaje y campanario del monasterio de San Francisco, el Soberano de una comarca de oro. El Señor de las Campanas, cúpulas del universo, refugios de los secretos del mundo. Me vi, recostado boca arriba, adentro de un cajón de baja estofa, esos que se embalan la fiambre curada, bulla para los gusanos tragones de platillos con carnes yertas. - Sin corona ni vara- me miré amortajado, envuelto en un lienzo indigno, sin detalle que hable de atenciones. Busqué con mis atolondrados ojos el destino de mi alma, y al no verla, imaginé que ése soplo se fugó por el camino del desarraigo, para errante besar el flagelo que da sentencia a los suicidas. ¿Pertenece acaso al séptimo coro de Monteverdi? Entonces las cosas las sentí reales, yo, yo el Lucho estaba condenado a ser la comilona de aquellos seres diminutos, ínfimos buitres que apolillaban mi tuétano en busca de algún pensamiento secreto. Estaba ya descuartizado por la lengua aviesa de mis semejantes que recordaron incluso mi infancia, años mínimos cuando por algún capricho de mi vientre, mi madre en adoración a la prolongación de su vida, besando mi pandero exclamaba: Luchito de mi alma, Luchito pedorro, cómo te quiero mijo, a la vez que palmoteando mi espalda echada sobre mi pecho, seguía diciendo con un candido derroche de ternura: otro mi amor, otro mi tesoro, otrito Luchito, los golpecitos cazaban mi revés aflojando el ojal obturador de mis gases. Los gusanos, tropa de pequeñísimos zopilotes continuaron la tarea de mascar el más retirado de mis tejidos, cumpliendo así el último o primer eslabón de la vida, volverse polvo.

La situación luego de mi deceso cambió, ya no era yo el sacristán buscado pa-

ra que toque magistralmente la convocatoria al Rosario. Era un chambón desgalichado, un andrajoso que en buena hora le cargo el Diablo. Ya no era ni siquiera para los niños el personaje de ficción como El Santo, Kalimán, el Huracán Ramírez. Ya no era aquel mágico que sin pisar el suelo, asperjaba sin reparo para la nariz de los mocitos, y a manera pompas de jabón: globitos fosforescentes, dirigibles cromados, burbujas de cristal construidas con mis vapores. Era un viejo puerco, embaucador de los guaguas, sátiro cubierto con un sayal del pellejo de oveja. Fue cuando se me vino patente a la memoria, ese Otavalo construido en oro. Ese macizo de edificaciones doradas resplandecientes hasta los confines, engalanadas con el esquivo arco iris hecho con limallas del metal precioso. Con mi muerte se desmoronó todo, nada era verdad, nada era cierto. Todo se hizo picadillo. Fue mi sueño. Ese exceso de amor hilvanado con la locura de agarrar con mis puños, una porción de ésta tierra, y sentir el ronqueo de la vida misma, allá, allá adentro en el vientre vivaracho de este amado suelo. Pasado el velorio, es decir, pasado el susto, se le viene a uno todo como una película, la vista pierde inclusive su gracia, los colores se opacan, se observa todo lóbrego como una trizada foto en blanco y negro. Haciendo remembranza, digo, los árboles de moreras de la Avenida Calderón tampoco fueron dorados, fueron verdes, como verdes quedaron las ilusiones de conocer las orugas de seda, que dormidas en esas florestas elaboraban el ovillo más grande del mundo, para tejer el fantástico tul, que vestiría de novia a la Luna. Cómo asoman a la memoria de los agusanados los pormenores de una vida que ya no es vida. Ah, con mis dedos tapice de billetes las tapias, el tumbado, el piso de mi buhardilla, volviéndola un alcázar, yo era un Príncipe. Llene igualmente con fajos, cajones, gavetas, ¿rendijas, repisas, y todos los sitios que imaginaba receptáculo para los valiosos papeles. Incontables ocasiones mis manos fueron bateas que aventaron como trigo al viento, miles de monedas. Cuanta alegría me causaba verlas caer desde arriba de mi cabeza, tronado cual fueran parte de una impetuosa catarata, vertiendo un torrente de agua metálica. Era enloquecedor distinguir las cayendo en dirección al piso, así, brillantes, chillonas, con vida, porque esos bronces son el caudal que corre dentro de las venas del planeta. El escudo ecuatoriano y la efigie del Mariscal Sucre grabados en esas medallas, fueron para mí, el heraldo de nobleza, Rey de Armas del abolengo Paredes, incluso, razón de mi muerte. ¿El Lucho ahorcado? mamitico, ¿Y por qué ?. Por vivir forrado de plata cholito, y la plata es como una serpiente fea pero bonita, respetada, temida, pero igual, el mismo Ángel del Mal. Es poder. El dinero es diestro comisionado que abre todas las puertas del mundo. Imbatible soldado que arrasa en brutal epopeya a centenares de ejércitos, degollándoles, porque la desigualdad les vistió de harapos, miserables que recibieron por espada el hambre. El billete

es también afable comprador de los ardores del beso, y otras dulzuras en los mercados del cortejo. Hábil mago que embellece las bocas con hedor a bosta, utilizando la alquimia de la ilusión para hacernos imaginar que los malos alientos, son olores suaves y deliciosos bálsamos. ¡Oh! vanidoso metal, caramelo para el alma, ballesta certera de corazones que nunca palpitaron por los menesterosos, pero al fijarse en mi, aceptaron la fealdad como enternecedor atributo, ¿no es así mi amor? ¿Verdad Oliva Alvarado? ¡Ay! azogue, licor maldito para el hocico y tripas de Belcebú. Fascinación que hace perder la chaveta hasta el filo de la alucinación, chuscada del chusco y el colorado, pareja de desalmados que planificaron desaparecerme, hacharon el candil que mantenía vivo el soplo de mi existencia. Fue exactamente una noche de año viejo, noche de máscaras diablas, de fuego, rizas, farsa, y abrazos, cuando navegando en las olas de la bruma, trepados en los galeones apestosos a codicia, llegaron ostentando el ropaje de alianza mis verdugos. ¿Hubo un plan? ¿Se cumplía el designio del destino? Entonces pusieron en práctica la estrategia. Envainado el enmohecido rejón de la acechanza, la astucia fue la arpía lujuriosa que hizo el siniestro guiño. Era el momento de cumplir con la emboscada, a mala hora el ligero velo de la trampa me negó verles cual eran, maldecidos corsarios decididos a saquear mi tesoro, mi blasón. Espadachines carniceros, piratas enfurecidos como despiadadas hienas de un solo ojo, los veo aún, hombres lobos enmarañados, arrojándose con expresiones y poses feroces atenzando mí escote, trozando el cuello del Lucho, faenando la garganta del desamparado acólito: Lucho el Mártir. ¿Que yo no era de fina sangre?, posiblemente, pero si, Señor de grandes baúles repletos de estériles monedas. Dragón defensor de cofres sellados con aldabones trabajados con las perlas brotadas desde los ojos de mis devotas. Escudero de cuantiosos joyeles liados con guimaldas de serpientes y calaveras, así también bienaventurado sacristán, Rey de Oros.

El metal es también viva brasa que pone al rojo la coraza de los corazones dañados, forjando infernalmente la envidia, maldad que arría al genio a encontrar artificios útiles para arruinar al prójimo. Don Armado Espinosa fue el experimento, y antes y después de él, hubo muchos. Mas a él había que llevarle a la locura, los dolores de cabeza eran males menores reservados para vengar pequeñas rencillas o enojos pasajeros. Eso no, al exitoso varón propietario de los soberbios camiones, y al decir, dueño de los correos, había que arrastrarle al manicomio, a que una vez perdido la cabeza, se le confine a vivir en el degradante hospital de los dementes, para que sufra por largo tiempo la amargura de la deshonra, hasta que agotada la infamia, todo acabe con el advenimiento de la Muerte. Pero, ¿Cómo se lograban ésos sucios sortilegios? Éso, lo sabía el sacristán de la iglesia de San Francisco, el Lucho. Y al

Lucho el monaguillo, había que entregarle el nombre del alma destinada al suplicio, luego, él ubicaría el apunte bajo los pies de la imagen, en cuyo interior moraba, retorcido, agazapado, en acecho, un espíritu con figura de esqueleto humano. La rigurosidad de las maldades estaba en los hilos manejados por los hechiceros. Ellos determinaban si una persona debía sufrir un accidente de tránsito y morir, o quedar tullido. Enflaquecerse y vivir un año, cinco, o cien. De esta increíble manera, las personas enlistadas pasaban a ser parte del tenebroso libro negro, cuyas páginas las autografiaba la Muerte.

Pero el Lucho, el rapavelas conocía así mismo la existencia de un conjuro que contrarrestaba el maleficio, y liberaba a cuantos desdichados de los crueles padecimientos, y del horror de ser lanzados al sueño eterno de mala manera. El exorcismo consistía en tener el valor para llegar hasta la sacristía del monasterio, y pedir al Lucho el monago, examine las fojas del gran libro del mal. Comprobado el listado, y conociendo a ciencia cierta que el nombre de zutano o mengano estaba registrado, se procedía a extraer los dañinos encargos custodiados por el malicioso Santo. Muchas de las gentes desahuciadas que ya no caminaban, y se encontraban en proceso de desecación, una vez borrados de la oscura nómina, volvían admirablemente a sus estados normales, y sus negocios florecían nuevamente. De allí se explica, la temeridad de los familiares y allegados de don Armado Espinosa, actores del enfrentamiento con las enjutas piadosas, quienes sin saber que el próspero empresario se había enterado que su nombre se encontraba inscrito en un despreciable libraco, y consecuentemente sentenciado a un brutal desenlace, frenaron las funestas intenciones de los alzados: incinerar equivocadamente a la Virgen del Carmen. Se explica también la acción de aquellos hombres que amparados en la tergiversación de los adversarios, no permitieron que la cuestionada imagen se convierta en ceniza, ocultándola además en la casa del vecino de nombre A. Rodríguez. Disparate para unos, evidencia juramentada para otros. Muchos sostuvieron en cambio que fue el contubernio de la danza macabra de Satán camuflado en los billetes, y el negro poder del trabajo de los brujos. Entonces ¿Cuál habría sido concretamente la participación de Lucho el acólito?. Escúchenme, replica una voz de ultratumba que hurga la conciencia de los impertinentes: Yo soy el Lucho, soy un cadáver, y hablo con apego a la justicia. No tengo culpa ni responsabilidad alguna en los actos que pudieron haber sido incriminados como criminales, fue obra del sueño, de ése sueño subliminal que me llegó de aquel madero en forma de Santo, cuando asombrado por el estilo de mi repique a muerte, vino hasta mi barbacana y pactando un secreto me dijo: ¡Lucho, eres magnífico!, eres el elegido. Y encontró en el tañido de mis campanas el tétrico encanto del dolor, la tenebrosa dulzura de la melancolía. Y mirándome con sus ojos fúnebres y

de extraño brillo, concluyó: encárgate de poner y sacar nombres de otavaleños y de gentes de lejanas tierras, en el libro firmado por la Muerte. Es decir, fui comendado encomendado a manejar el tenebroso volumen, sacando y metiendo vivos, metiendo vivos para que salgan muertos, y no sacando muertos porque estaban muertos. Hubo también en esa aparición la mañosa enseñanza de incentivar mi ingenio, para darle ciertos movimientos al Santo, casi, casi dándole vida. Los mazos de billetes y puñados de monedas me entregó la largueza de los asustados sujetos que proponían colocar o quitar un nombre. Llegando tanta mullapa que hubo que embutiría, en cajas de fósforos, en fardos, y hasta en mi propio colchón. En ese tiempo un fui Príncipe, hoy, ridículo vasallo del pecado que taladra y amedrente mi alma. Mi alma triturada por el dolor, y habla porque ya no quiero callar, porque hubieron cosas, digo hay cosas que no debí enmudecer, alertar por ejemplo que por extraña casualidad la desterrada imagen, dejando su albergue no se cuándo y cómo, se destinó hacia extraño dominio, algún conventillo cercano a Ambato talvez. Ésta trasladándose como si caminara sola se había embarcado a hurtadillas en el mismísimo carruaje de don Armado Espinosa, que como se recordará recorría los retorcidos caminos del Ecuador. Es motivo también de mis tribulaciones, avisarles que en el interior del comprometedor cargamento, se encontraba intacto el peligroso libro que guardaba impreso el nombre de humildes y respetables ciudadanos. Nada se puede hacer, nada, acaso recordarles que el maléfico efecto de los sortilegios cuando no son conjurados a tiempo, jalarán hasta las tinieblas a los comprometidos, en este caso a los inscritos en el maldito libro negro, a sus hijos, a los hijos de sus hijos, hasta la quinta generación.

San Bernardo es el nombre de la cetrina escultura que almacena en su interior al espíritu con forma de esqueleto humano, y guarda en sus helados anotes los nombre de maestros, profesionales, artistas, políticos, comerciantes, amantes, deportistas, estudiantes, hombres, mujeres, y, cazadores de historias.

Las picudas torres de San Francisco saltan irreverentes buscando pinchar las nubes que rasantes enmadejaban la iglesia y el pueblo, el melodio suena triste, tristísimo desde el coro de la iglesia otavaleña. Las campanas sin que mano alguna hale los cordeles campaneros, repican, siniestramente afligidas, una horrorosa canción, la canción con la que danza la Muerte. Hay niños y otros inmaculados que no solo oyen eso, sino que aseguran, que miran en el ambiente cercano a la garita, divagar elásticas pompas, miles y miles de narcaras pompas semejantes a las de jabón.

Talán, Talán, Tá-n-n-n-n-n

EL ESPANTAJO MALDITO

*Dedicado a mis amigos Wilson
y Guillermo fallecidos*

 moribundo mechero embadurnaba con una luz pálida, mortecina, las miserables paredes del cuartucho. Los tres paisanos entre risas alteradas y escupitajos, proyectaban sobre la rinconera sus alargadas sombras. Sombras que actuaban solas. Sombras amarillentas, representaciones de los tres fantoches que se habían sentado frente a la pequeña mesa, soporte de la botella a medio llenar con aguardiente de Intag, y de la deteriorada copa de latón. Repentinamente, repiquetearon desde el viejo reloj municipal las taladrantes campanadas que, una a una y hasta contar doce pusieron al fin, término a la agotadora faena de canto y tertulia, dando macabramente inicio: ¡a la mala hora!. Mala hora que sería desencantada por Guillermo Maldonado únicamente de una manera: chupando, ¡chupando! profundamente el último pucho de tabaco que a su tiempo se turnaron los tres amigos, ahogando definitivamente en un azulado humo la pesada atmósfera. Don Osvaldo Baquero en un continuo tambaleo y con desfiguradas gesticulaciones, intentó en repetidas oportunidades colgar la guitarra en el esquivo clavo, y fue, la constancia la que le permitió el acierto. Hecho que trazó en su acartonada cara una sarcástica mueca de victoria. Victoria que Plutarco la festejó a grandes carcajadas, luego, colocando el raído sombrero bajo su axila, cabeceó sobre el pequeño tablero, para prontamente derrumbarse en el sopor del sueño profundo, sin dar importancia al nauseabundo hedor que desprendía su chaqueta llena de vómito fermentado. Seguidamente Guillermo y su vecino Osvaldo acordaron retirarse. El primero, acariciando su espesa barba y desprendiendo de ella mucosidades y babas reseca; el segundo, sorteando con torpes brincos las colillas y los verdosos gargajos que entre el suelo y los zapatos formaban repugnantes hilos viscosos. En medio de la noche los amigos se despidieron con im sonoro abrazo, incluyeron comprometidos palmoteos y el juramentado empeño de retomar el convite la semana venidera. Osvaldo se enrumboó en dirección al centro de Otavalo, mientras que Guillermo Maldonado en lenta marcha, y regresando su mirada en repetidas oportunidades, trató

de ubicarse. Reconoció en seguida la blanca casona del hospital y junto a ésta el escalofriante anfiteatro, aciago tugurio en cuyo interior había una tétrica mesa ensangrentada en la que despedazaban a los muertos. Para llegar a su casa tenía que cruzar - el camino de tierra y chambas conocido con el nombre de Collahuazo-, desde la panamericana hasta el legendario barrio de Monserrate. El sendero era una interminable avenida formada por tapias y enormes eucaliptos. Furtivamente un raro soplido rozó las orejas del caminante, lo que por instantes detuvo el zigzagueante paso. Mientras Guillermo buscaba en sus bolsillos un cigarro, por su mente se cruzaron incoherentes figuras de ánimas que volaron hacia la horrible oscuridad. El espacio se volvió funesto, obligando al peregrino apegarse a la pared que le serviría de guía en la intención de llegar a su casa. Ante el fuerte susto, su pecho se agitó, y sus pelos se encrespaban. Los pies del viajero levantaron desde el piso, la pestilencia de los asquerosos olores provenientes de las plastas putrefactas de excrementos humanos y de animales. El viento se paralizó. En la negrura, apenas se insinuaban los corpulentos árboles que se asemejaban a colosales garras de abominables aparecidos. En el ambiente no se veía la más mínima luz, las tinieblas se volvieron impenetrables, más aún cuando en el desatino Guillermo tocó a tientas un espeluznante bulto, el que estremeció al enloquecido borrachín arrastrándole hasta el delirio. En contados segundos llegó una esperanzadora calma, se oyó alejarse lentamente, pausadamente, y en medio de un resoplido..., el sonido de los cascos de un peludo semoviente. En seguida, como si asesinaran la noche con un inmenso cuchillo, irrumpió desde la vieja puerta de madera que permitía el ingreso a las sementeras de la hacienda de los Egas, un descomunal y desgarrador chillido, aterrando las temblorosas carnes del trasnochador. Fue un grito infernal que jamás el pobre paisano hubo escuchado, y que no podía ser obra de la imaginación de un borracho. Inmediatamente, con fuerza descomunal el viento empezó a envolver con escalofriantes silbidos la humanidad del atormentado vecino. Don Guillermo sintió en carne propia los horrorosos mordiscos helados de la neblina, que improvisadamente se había hecho presente, forzando así la atolondrada estampida de la triste víctima del infortunio, que emprendió una titánica carrera que parecía eterna, sin fin. Al llegar a su casa el desafortunado miró los últimos parpadeos del candil, sin embargo la débil iluminación permitió ver el rostro de Guillermo que se descubría descompuesto, deshecho, con la palidez de un amortajado; la boca del desdichado botaba regüeldos entrecortados, y era cochina la espuma verdosa que chorreaba por las co-

misuras. Los estertores, las convulsiones y la aguarapada fetidez del desgraciado eran el complemento ideal para enaltecer la imagen perfecta de la desabrida fealdad. Doña Etelvina mujer del moribundo chispo, jamás dio crédito a lo sucedido, y, más bien increpó al infeliz culpando de todo a un supuesto litigio; al producto de algún desquite que indujo a los resentidos, a propinar una fuerte tunda para que sirva de escarmiento a la fama de mal hablado, pues su contumaz lengua muy conocida en el barrio, nunca reparó en lanzar improprios y agravios en contra de autoridades y de todos los hombres y mujeres de la parroquia.

El inusitado accidente causó durante muchos días la habladuría de propios y extraños, el comentario estuvo en boca de la mayoría de los habitantes, quienes por instinto de seguridad tomaron algunas precauciones, - como aquellas de proveerse de agua bendita y escapularios- manteniéndose alborotados por algún tiempo, especialmente aquellos que fanfarroneaban valentía, pero que en sus adentros apostaban la responsabilidad del hecho a algún aparecido o alma en pena, en reclamo a la falta de misericordia de los vecinos, y con la esperanza de animar la iniciativa de que se consagren a su favor el santo sacrificio o responso, como sortilegio para su eterno descanso. Don Guillermo Maldonado herrero de profesión, era un personaje muy conocido en el barrio de Monserrate por deslenguado y grosero, pero también con una innegable popularidad de hombre valiente, inquieto y dueño de una fortaleza interior que no le permitía acobardarse en la vida ante la adversidad. La vergüenza le mantuvo por mucho tiempo en dilatadas divagaciones, que le exigían encontrar una explicación al apocalíptico acontecimiento, pero nada se le ocurría, hasta que un día mientras golpeaba el yunque dando forma al hierro, mirando la roja fragua tomó una decisión: ¡volver!, volver una noche hasta aquella puerta, escenario donde escuchó el descomunal chillido, hoy, motivo de advertencias y afrentas que desdecían su porte temerario. Muchas veces a la luz del día, y con asombrosa discreción tuvo en la mira la vieja puerta, sin lograr encontrar algún detalle que le permita divagar en pensamiento alguno, que le lleve a encontrar el buscado esclarecimiento a tan atroz recuerdo. Y fue en una de esas visitas al ingrato lugar, cuando le llamó la atención los largos y bien formados huachos de la sementera, pero sobre todo, la figura del fondo, aquella del espantapájaros que vestido con una vieja indumentaria, con los brazos en alto, bosquejaba en la cara una inusual y siniestra sonrisa.

Durante algunas semanas los pobladores del barrio inventaron desagradables fantasías en torno a la experiencia vivida por Guillermo, aumentan-

do la intriga y obligando al caserío a convivir con el pánico y el miedo. Algunos moradores se hicieron nombrar cabecillas y dictaminaron disposiciones que cambiaron la vida y costumbres del hermoso vecindario. Se exigió: conseguir una variedad de estampas con imágenes de vírgenes y santos, espermas benditas, un respetable arsenal de catapultas, colocarse al menos en un dedo sendos anillos de legítimo acero. Dormir a las seis de la tarde con la consigna de no abrir la puerta a ningún extraño, menos aún si se tratara de ánimas o aparecidos, y mantener bajo la cama verdes atados de siempreviva y ortiga. Por su parte, Guillermo Maldonado en la ambición de liderar la conspiración en contra del misterioso causante de su desprestigio, mentalizó su propia estrategia, designando con astucia a un martes como la fecha que le permitiera recuperar su maltratada hombría y liberar a la comunidad del maleficio. El lóbrego martes llegó, día que en acuerdo con sus compinches Plutarco y Osvaldo, señalaron como propicio para dar fin a las mortificantes afrentas, y poner al descubierto al maldito autor del brutal chillido. Esperaron inquietos la hora acordada para dirigirse al tenebroso lugar, cada uno sostenía en sus manos una consistente talega preparada con anterioridad, y que serviría como instrumento para situar en cautiverio al terrorífico desconocido. Igual que aquella fatídica mala noche del brutal suceso, las sombras presagiaban el desastre. No se divisaba absolutamente nada. De rato en rato se escuchaba el cuchicheo de las nerviosas voces de los fraternos amigos, perdiéndose luego éstas en el desolado callejón. La inmensa bóveda en otras ocasiones adornaba con titilantes luceros, albergue de la plateada luna, era en ese momento un hueco silencioso, un azaroso hocico en espera de tragarse al propio infinito. El viejo reloj del pueblo aventó la última campanada de medianoche, divagando el retumbo por los céfiros por mucho tiempo. Poco a poco y ante los sobresaltados ojos de los tres aliados se presentó la sanguinaria sombra, más negra y trágica que la lóbrega cerrazón, entonces se escuchó el atronador chillido, ensordeciendo los oídos de los despavoridos espectadores. El silencio reinante hasta entonces, se estremeció sin piedad ante el fabuloso grito, sacudiendo todo cuanto estuvo en el contorno. En esos instantes, el coraje de los otavaleños tomó una proporción insospechada, complotándose las circunstancias para encostalar a la bestia autora de tanta alarma. El iracundo forcejeo y los pavorosos bramidos del encostalado no limitaron acarrear el peligroso bulto hasta el barrio de Monserrate, donde los vecinos aturdidos y eufóricos esperaban con ansias castigar al infame entrometido, y por supuesto gratificar la valentía de los tres arriesgados amigos que sin beber un

trago cumplieron con la peligrosa aventura.

En la plazoleta del barrio los pobladores improvisaron una rueda alrededor del infame ensacado, y mientras los atrevidos amigos desataban las amarras de la talega, los entremetidos empezaron a sacar de entre sus ropas las velas benditas, las estampas, y los atados de prodigiosas plantas, todos con la intrigante avidez de saciar la curiosidad de conocer al sombrío personaje. Súbitamente se escuchó el temido alarido haciendo retroceder a los presentes. De entre las ataduras apareció una grotesca criatura, aspergeando sobre la cara de los vecinos un inundo vómito gelatinoso, hediondo, mefítico, provocando en todas las personas fatigosas nauseas y blasfemas maldiciones. Era la forma de un seboso con el cráneo brutalmente atachado. Del rostro íntegramente arrugado se destilaban serosas sustancias. En sus pequeños ojos se encontraban incrustados millones de gusanos que en turbadora orgía, festinaban las cuencas y los pómulos, permitiendo divisar la ensangrentada conformación de los huesos; de la boca y nariz emanaba constantes resacas sanguinolentas, mezcladas con espesos flujos y secreciones con un tufo a carne podrida. Entre babas burbujeantes de flema y pus se distinguían filudos dientes cariados y amarillentos. En la cabeza del deforme espécimen se advertían grandes oquedades sin pelo, observándose purulencias y sarnas en avanzado estado de descomposición. Las orejas casi habían desaparecido, quedando apenas dos pequeños apéndices desde donde se descolgaban pedazos de pellejo con profundas huellas de haberse achicharrado. Los ademanes del escandaloso sujeto no eran otros, sino los de un insolente desafío, y sus protervas intenciones: arrasar con todo lo que tenía en su contorno. Los parroquianos en un momento de bravura y a modo de refugio, se ampararon en las milagrosas imágenes que tenían consigo, elevando éstas sobre sus cabezas, causando que la criatura se escurriera entre los costales, instantes aprovechados por los bizarros amigos: Guillermo, Plutarco y Osvaldo para amarrar la boca de las bolsas, condenando al miedoso bicho a lanzar un nuevo grito que imitarían mil marranos cosidos a puñaladas. El esforzado forcejeo fue de tal dimensión que los presentes casi no pudieron dominar el combate, transformándose la lucha en una inefable borrasca. Los vecinos olvidando el miedo, saetearon contra la talega las litografías de los santos y el agua bendita, produciendo en el monstruo una descarga pirotécnica de gritos y flatulencias. Los malos olores inundaron el aire, asfixiando a todos. El torpedeo de las apestosas ventosidades y el flujo defecado por el malcarado individuo, adormeció a los que se quedaron. Muchos por cierto se esfumaron enclaustrándo-

se en sus casas. La podredumbre mantuvo hasta el amanecer a los alterados nativos en un estado de inconciencia, de catalepsia. La aurora sobre la cresta del Imbabura empezaba a descomponer la oscuridad. La escarcela en la que se amarró al maloliente personaje se encontraba quieta, estática, no daba señales de vida, ante lo cual, despertándose Guillermo, sus amigos y el vecindario decidieron abrir por segunda vez, ¡sorprendiéndose! del contenido. No podía ser, el fardo no contenía otra cosa sino, la maltratada armadura del esquelético espantajo de la sementera de la hacienda de los Egas. Las expresiones del populacho eran las de un pelotón de soldados, devastados por la derrota en alguna calamitosa contienda. No cruzaron una sola palabra. Sus miradas se entrecruzaban sin una sola interrogación. No había explicación alguna. En su vestimenta y en sus alargadas caras quedó como evidencia de una pesada noche de espanto, abundantes esputos verdes con puntitos sanguinolentos.

EL PAILÓN DEL DIABLO

*Acaso don Leonardo Viñachi,
el fuego y el agua, la vida y la muerte,
el cielo y el infierno sean parte de la misma rueda.*

El esplendor del paisaje y la generosidad de la tierra otavaleña, decididamente han influido en la emulsión del talento y del alma de sus hijos. La suerte de observar diariamente magistrales cuadros traídos por el alba, la dicha de morir colectivamente con los ahogos rojos del crepúsculo, el lanzar suspiros desde el corazón cuando el sol en su partida es un pestañeo, son ensayos que decantan la canción eterna que engrandece a los surcos de milenarias cementeras, a la blancura de las garzas, y al graznido del buho centinela de la noche. Las cosechas, la abundancia de sueños y productos, han sido también elementos que han forjado en los otavaleños al bravo caminante, devorador de distancias, que hace de las llanuras y ondulantes caminos el gran mar, como para los fenicios fue el agua, para otavaleños: los caminos. Atajos o cañones, tierra o fango, permitieron la conquista de poblaciones aledañas, y cientos de pueblos en las inhóspitas lejanías.

Muchos de estos hombres fueron habilísimos mercantes, que día a día planificaron expandir sus dominios, hasta los confines de la heredad, no importaba el contenido de sus fardos, bien podían ser apetitosos bálsamos enconfitados, aromáticos frutos, barnizados granos, o coloridos tejidos, todo en su conjunto, hablaba de la misión conquistadora que mantenía como fin, el señorío del mercado. Así mismo, la estrategia y el resultado de numerosas aventuras de este quehacer, hicieron que muchas de estas giras sean cíclicas, así, por la rotación de las estaciones climáticas, o por ciertos acomodados a los calendarios festivos y religiosos propios de la nación ecuatoriana. En el tiempo han guardado celebridad las tradicionales romerías, largos viajes de peregrinación desde diferentes lugares hasta las grutas, templos, o sitios de aparición y veneración de conocidas Imágenes. El acarreo de agradecimientos y nuevos pedidos a la clemencia de esas esculturas, han dado lugar a que hombres, mujeres, y niños, hayan causado grandes movimientos de dinero, como consecuencia de gastos por alimentación, compra de recuerdos, hospedaje, transporte, y el espíritu limosnadero del pueblo cristiano.

Queda para la añoranza las antiguas reseñas de la vieja estación del ferrocarril de Otavalo, desde donde el tren arrastraba largos convoyes moviendo en el interior y hasta en los lomos de los vagones, a cientos de creyentes dirigiéndose al Santuario del Quinche, convento donde se venera a la Santísima Virgen del mismo nombre, todos los años en el mes de noviembre. Pero, también la carretera de piedra y polvo era la alternativa para romeritas y comerciantes, quines disputándose los mejores asientos de aquellas unidades con carrocerías de madera, se atufaban agolpándose en las puertas de acceso a éstos vehículos, no pocos sintieron los remellones, y el mal genio de ciertos compañeros de viaje. Sobre las desgastadas parrillas de estos vehículos era común observar como se fiaban aperos, animales, y una significativa carga de granos y aves. Entre los conocidos andariegos, e inventor de una cantidad de oficios, se cuenta el nombre de Leonardo Viñachi, hombre de mediana corpulencia, ataviado con calzado de cabuya y armadura de triunfador, gladiador invencible contra las incongruencias de la vida, y delicado señor de su casa. Visitador de las apacibles barriadas del natal suelo, e infaltable animador de su hombro a los guandos del animado comercio otavaleño, peón de las súplicas peregrinas en busca de consentimientos de la Patrona del Quinche; del mismo modo, andarín ambulante de senderos y plazas que esperaban sus visitas como un efluvio de dulces frutos, nómadas envainados en la cesta fiambarrera, milagrosa, del otavaleño, para muchos, fuente inagotable de insólitos manjares. Y así sintieron centenares de voraces bocas, la oferta de canastadas enteras de capulís, cerezos, guabas, y como cosa curiosa, la rica maña persuasiva de entregar a los compradores, la infaltable yapa, complacencia para los caseros, fina congratulación de señoras, y avivamiento del bostezo revolado de las abejas encima de las cabezas. En remotos años las cúpulas de la iglesia del Quinche se avizoraban solemnes desde lejanos terrenos a la población, era el pronóstico de bienvenida, y de algarabía interior para cada uno de los andantes, la vista era vivo alivio para deshacerse de la pesada carga que significaban las inculpaciones, bulto inmenso para el alma y las conciencias. El oratorio era el depósito de enfermedades, muletas, angustias, sudores, trapos, pecados, y oraciones que en la alabanza, eran compromisos para cambiar la maldad, el vicio, la impiedad, por el arrepentimiento, por la bondad. De allí que eran inmensos ríos humanos todos los caminos que servían de embocadura a la población del Quinche, y no era raro que los feligreses en el deseo de llegar a tiempo al festejo de la Madre de Dios, improvisaban chaquiñanes, abrían trochas, sin importar las dificultades que a su paso ocasionaban los chaparros o zarzas. El paisaje era un desbocado hervidero de gente que la-

deando todo obstáculo, llegaba como una ola hasta la placita frente a la basílica, luego, se iría llenando con muchísima dificultad el espacio del monasterio, a medida que terminaban las misas, que a propósito, los curas celebraban una tras de otra durante días y noches. Basílica.

A estas cruzadas se integraba año tras año don Leonardo Viñachi, alma creyente, pero empeñada a la vez en aprovechar las circunstancias, para ser el servidor que brinda a esas barrigas las delicias de su talega: frutos y bayas de su tierra: motilones, mortiños, cerotes, y otros almíbares con cortezas y aromas extraños. Potajes para los lánguidos apetitos de los devotos que salían del templo, llorosos y hambrientos. Llorosos a causa de las impresiones que causaban los mensajes salidos de una cantidad de pinturas colgadas de las pilas-tras del claustro, testimonios asombrosos de milagros consumados por la afamada Virgen, a favor de víctimas de accidentes y volcamientos en las carreteras, de enfermos desahuciados, o intercediendo ante la furia de la soberbia naturaleza. Y hambrientos, a causa de que terminado el mal calculado cuca-yo, era necesario llenar nuevamente los estómagos, que olfateaban no solamente los platos tradicionales ofrecidos en las improvisadas chinganas, sino también de las ofertas ambulantes, que resultaban atractivas para las curiosidades del paladar. Con el corazón bañado por las indulgencias que causa la reflexión, y el convencimiento del dogma católico, los humanos romeriantes se retiraban como soldados vencedores en magna batalla, airosos, gallardos, rumbo a sus asentamientos de origen, y dispuestos a enfrentar las momentáneas incomodidades que podrían producir el retorno. Otros con el saquillo lleno de monedas, y satisfechos por el resultado que dio el comercio informal, programaban alguna celebración en sus hogares.

Don Leonardo Viñachi acomodado en el tieso sillón del autobús que le regresaría hasta Otavalo, miró las torres de la iglesia, se hizo la señal de la cruz, y sintiendo el meneo de la pesada máquina que le encaminaba hacia la mama tierra, pronuncio: gracias Reina de los cielos por todo cuanto me das, cuida de este tu hijo y permite que llegue entero y salvo a casa. La vuelta se convirtió en castigo a las posaderas, y en largas horas de soportar la tierra que bañaba sombreros, pestañas, y pulmones. La chacota fue compañera de viaje de los aventureros paisanos, que nunca se imaginaron que en el vehículo viajaba también, misteriosa, callada, mojigata, la Muerte. Impensadamente el carro dio un brusco salto, fue un sacudón que arrancó un lastimero grito al unísono de todos los viajeros, y luego: el silencio, la oscuridad.

La carrocería de madera conocida como "papaya" por el tono amarillo fuerte con el que estaba pintaba, había dado tantas vueltas en el basalto, hasta

convertirse en un aterrador revoltijo de hierro, madera, y ensangrentadas carnes. Mucho tiempo pasó hasta que lleguen los primeros socorros, dando espacio incluso para que en las alturas rondan macabramente y en círculos, las inmisericordes tropas cañoneras que esperaban el momento oportuno para cumplir con el festín. El panorama era por demás aterrador, lóbrego, se observaba que desde una mal conformada curva del camino, hasta el fondo de la ladera escenario del fatal accidente, la Muerte utilizó no su guadaña, sino una gigantesca hacha, y moviendo con furia de un lado a otro sus brazos cortó a mansalva, cabezas, piernas, brazos; no sintiéndose tal vez conforme con semejante carnicería, debía haber agarrado como lanzas los maderos del armatoste, para clavarlas en los pechos cercenados, en los corazones de las víctimas, que desesperados al contemplar la alocada silueta de la cadavérica matona, sucumbieron expresando su sorpresa, dibujando en sus caras, las más trágicas expresiones de horror, eso lo decían las desgarradas bocas, los desorbitados ojos, las manos rotas asiéndose a la vida, los dedos anémicos, los jirones de los vestidos.

La sangre espesa, las vísceras deshechas, las cabezas vertiendo sesos, untaban el ambiente volviéndole irresistible, nauseabundo, atroz. Todos murieron. Pocos fueron los cuerpos que por alguna razón inexplicable, no fueron mutilados por el brutal hierro de la muerte, pero igual, yacían tiesos. Igual eran componentes agregados a la espantosa visión, porque al contemplarlos en la quietud, en la palidez, en la desesperación de sus retorcimientos, eran espantos tan tristes igual a la de los despedazados. Como secuela a la tragedia en muchas casas otavaleñas se pudo observar las inconfundibles cortinas amaratadas, instaladas sobre las puertas de entrada, divisa anunciadora del fallecimiento de algún cristiano. Fúnebre crespón, ineludible señal, invitación obligatoria para solidarizarse con allegados y deudos. Al interior, la habitación convertida en improvisada glorieta, templete, capilla ardiente para celebrar los ritos dedicados a los muertos: oraciones y responsos. El difunto recostado boca arriba, con las manos sobre su pecho, tras su cabeza una gran cruz arrimada a la pared, y al ruedo del ataúd: brincando las luces de velas y velones. Algunas flores determinaban el olor del funeral, muchos acompañantes vestidos de negro, expresaban condolencias con frases entristecidas y conmovedores abrazos. En un extremo gesto de dolor y a medida que avanzaba la noche, los vecinos cabeceando se acomodan en los rústicos asientos de madera, o se enquistaban en curiosas conversaciones de la vida del difunto. A don Leonardo Viñachi se le guardó las reverencias fúnebres durante tres días y tres noches. Familiares y amigos sin comprender aún los altos designios, se

de bajar en dirección a un poso profundo, como monumental cráter, sospechábamos que nos hallábamos en una apocalíptica situación, tan incierta que nuestras envolturas se espeluznaban. Cada pisada que dábamos -puedo asegurar- no hallaba piso fijo, estábamos flotando y hundiéndonos a la vez. Observaba que millones de rostros y el mío, igual que mi cuerpo y el de ellos se estiraban, se encogían, se deformaban, tal que si fueran hechos de viento, de espuma, de un respiro. La angustia era patética en cada rostro, parecía que después de desintegrarnos, cobrábamos nuevamente forma, pero desgastados, deformes, grotescos, como si cada uno fuéramos una llaga completa. Los ojos temamos colorados, estaban hechos de lumbre, los párpados superiores eran verdes, y los inferiores se habían colgado como sosteniendo millones de lágrimas que nunca caían, las bocas de todos nosotros eran trompas arrugadas, apreciándose la falta de dentadura, el pelo de muchos era cenizo, y la mayoría quedábamos calvos. Las manos, en expresión de auxilio eran deformaciones que se asemejaban a retorcidas raíces de viejos árboles. Hubo un momento en que mi vista se detuvo para observar como avanzaban algunos bultos faltándoles un brazo, faltándoles los ojos, faltándoles la cabeza, éramos unos leprosos. En esos instantes y sin dar cuenta de cuanto tiempo de nuestro tiempo pasó, pensé que viví en el paraíso, recordé las veces que miré la hermosura del lago San Pablo, agua apacible, sublime. Paisaje encantado en el que los pájaros maestros de arpas, cordófonos y caracolas, inventaron con sus trinos el arrullo a la luz, para que las garzotas trajeadas de algodón, cual si fuesen traviesas hadas, se posen sobre el arco iris hipnotizando a los peces, ¡Ah! la majestuosidad de nuestra querida montaña el Imbabura, Gran Señor de la tierra, creador del trueno y el relámpago. Señor hacedor de aromatizados almíbares, del pan, del choclo, y otros vaporosos amasijos, hermano del fuego y del aire, amante de la Luna, tierno trovero que haciendo encordadura al viento a entonado a la vida. Que bello resultó hacer memoria del diáfano azul del cielo, manto traslúcido del cosmos, paño para cobijar a la noche del frío, océano sin playa donde el sol arrumba al ocaso disfrazando de olas a las nubes. Y el río Peguche, cántaro para el arrobamiento de vacadas y hombres, bebedero de sueños de magas y mariposas, que hicieron del murmullo de esas aguas, el empalme para charlar con distantes sirenas y caballos marinos. Y en ese embelezo hubiese sido un desatino no recordar a mi pueblo, mi Otavalo querido, mi Otavalo del alma, manojos de casitas ensartadas en las fragancias de los nardos, y en las serenatas de luciérnagas y ranas. Pero sobre todo mi memoria fue para ustedes hijos míos, amigos míos, vecinos, amalgama del barro imbabureño, del granito de

los Andes, y del soplo de Dios. Genios de bronce, fundidos para disfrutar de las maravillas creadas en la tierra, semidioses dignos de la bendición, del amor, y de una silla junto al trono del .Altísimo.

Pero lo mío y de millones de seres que estaban junto a mí era diferente, el gran cañón se volvía cada vez más cruel. Estábamos en un lugar donde comprendí no había tiempo, no había distancias, ni luz, ni sombras, ni tiempo, ni distancias, ni sonidos, no había el hambre, el sueño, no habían conocidos. Y mientras seguíamos en la fatal marcha, sufríamos el acoso de téticas cuadrillas de fantasmas con la misión de deshacer nuestros nervios, siniestras manadas de gárgolas, pandillas de vampiros, y bandos de dragones que en infernales vuelos quemaban con sus fognazos el poco pellejo que nos quedaba. De nuestras gargantas no salían palabras, pero si, desgarradores quejidos que nos volvían más monstruosos de lo que éramos. Bestias peludas y las peores representaciones del infierno tocaban aterradores instrumentos, como señal para que la gran muchedumbre nos alertemos, y nos dividamos en grupos, acá los matones, allá los asaltantes, aquí los violadores. Más allá los borrachos, sodomitas, viciosos, adúlteros, parricidas, suicidas, mentirosos, chulqueros, ladrones, avaros, lujuriosos, desobedientes, vengativos, rencorosos, fornicadores, orgullosos, perjuros, aduladores, defraudadores, y en su orden, hasta clasificar en ciento ocho los pecados. Cuando la arena se cargaba de un fuerte olor a azufre, entre la densa neblina asomaban tronando tenebrosos carretones alados por musculosos caballos, que resoplando con bestialidad, cargaban apilonados una cantidad de desafortunados rumbo al pailón definitivo. El cochero con sombrero de gran ala, y envuelto en una enorme capa negra, tenía las actitudes ya familiares de la cadavérica matona. A la distancia pude ver, luego de haber pasado no se cuanto tiempo del tiempo nuestro, unas comunales catapultas medievales lanzando a la gran oquedad a centenares de almas. Los pesados torniquetes arrojaban a los desventurados con tal fuerza que sus esencias se perdían en la lejanía. Se sabía que la distribución permitía cierto sitio en el gran pailón, facilitando además repartir los castigos acorde a los yerros. Se divisaban incontables embudos colocados en las bocas, esfínteres, y hendiduras de los reos, y derramándose desde inagotables calderas, plomo derretido, o lava hirviente, más ardiente que la de los volcanes. Se escuchaba igual el silbido de macanudos foetes cayendo en las espaldas o pechos de otros miles de desafortunados, y así, los más indescritibles castigos como arrastrar por ejemplo, pesadas cadenas adosadas a las extremidades y al rojo vivo, o sentirse desgarrados por las pestilentes zarpas de feroces demonios con cien mil cachos, que al paso de la caravana desenrollaban sus

malditas lenguas, dejando en nuestros cueros mataduras y apestosos olores. Muchos eran tragados por fantásticas serpientes en cuyas barrigas habitaban millares de alacranes y tarántulas. Terribles criaturas con hocicos de hienas, y colmillos de murciélagos, despedazaban con sus fétidas fauces las pobres carnes de miles de infelices, otros eran arrojados a estanques llenos de desconocidos ácidos descomponiendo rápidamente toda esencia, y al parecer eran tragaderos efervescentes listos a descomponer a la misma humanidad. Me impresionaron mucho la cantidad de extrañas máquinas de tortura, habilitadas con ataderos en cuyos extremos terminaban en pesadas bolas, de las que salían centenares de agujones similares a los de los escorpiones. Como si fuera poco las lenguazas de fuego saltaban tronando, hasta alcanzar no se que altura, chamuscando con el calor de cien soles juntos, y con el frío de todo el hielo del universo, a cuanto espíritu podían. Lo más lamentable, lo más increíble, no había expiación, era el castigo a los condenados, a los maldecidos, a los pecadores, no había el tiempo, era la Eternidad. Cerca ya de un centurión y de que las huestes de Satán me sentarán en los cucharones para catapultarme al pailón del Diablo, seguramente por el pecado de haber nacido, se oyó una voz flamígera que dijo: “¡No, a Leonardo no!, es una equivocación. A ti no te tocaba morir todavía, anda, vuelve a tu cuerpo, y enmienda tu camino”. No se cuanto tiempo de nuestro tiempo pasó, y fue en ese instante cuando saltó la tapa de mi ataúd por los aires, haciéndoles pasar a ustedes el susto de sus vidas, pues, al verme alzándome con las manos extendidas, no había otra cosa que perderse en estampida por el pueblo, ante el pavor de ver a un resucitado. Don Leonardo Viñachi vivió feliz largos años junto a su familia y amigos, divulgando la fe y su confianza a la Santísima Virgen del Quinche. Se le encontraba constantemente rodeado de personas que escuchaban ensimismadas esta historia. Caminó todos los días de su vida por los vericuetos de su querido Otavalo, y por los senderos de cuanto pueblo pudo llegar. Llevaba en su costal exquisitos frutos de la tierra, y aunque le faltaba un ojo como recuerdo del fatal accidente, con regocijo gritaba “aguacates, templadores, aguacates, templadoores...”

LA FONTANA DE NEPTUNO

¿Cómo podríamos entender el embrujo de los arroyos y fuentes de Otavalo? ¿Glosando talvez como cosecha del genio de sus habitantes, que limitados en descifrar las esferas de lo desconocido, han responsabilizado esos hechizos a las supersticiones? Posiblemente. Lo cierto es que esas aguas han sido en todos los tiempos brebaje de propios y extraños, que han visto en ellas la oportunidad para dar rienda a los sueños, tejiendo historias en las que han sido actores desde humildes pastores, hasta excelsos dioses. He aquí la alucinante incógnita que produjo beberías.

La fama de las subyugantes vertientes otavaleñas ha caminado lejos, llegando a muchos oídos, alcanzando incluso en centurias pasadas hasta el imaginario de los dioses de Olimpo. ¿Acaso, nunca estuvo en los planes de Poseidón, armar desde el fondo de los misteriosos mares, la ambiciosa cruzada que le llevaría a ensanchar su poderío, hasta las cristalinas aguas brotadas en los Andes? Innegable. Poseidón preparó con sabiduría, con la cognición que sólo los dioses lo pueden hacer, efectivizar su aparecimiento en las vastas regiones americanas. No fue tampoco casualidad el empeño de enseñorearse en este hemisferio, él conocía la existencia de grandes caudales que desembocaban en un asombroso estuario, donde a lo largo de un gigantesco río-mar asomaban indomables, las Amazonas, bellas y crueles mujeres, semejantes a las que él conocía, capaces de matar a sus hijos machos, y preñarse de originales hombres y dioses. Pero el Dios del Mar tenía también noticias de la existencia de increíbles parajes de extrema preciosidad, donde las aguas aparecían sublimes, y se mostraban claras en los ríos, lagos y vertientes, ésas eran las fabulosas, las lejanas tierras conocidas como las de Imbabura.

El capricho por posesionarse de las aguas y vertientes imbabureñas no eran gratuitas, había una razón: se conocía que en ellas habitaban ninfas y ondinas, dueñas de una hermosura sin igual, inquietudes que eran el embelesamiento del gran Poseidón, y el afán de cruzarse con nuevos idilios. Decide entonces hacer el surgimiento en las tierras de Otavalo, eligiendo como sitio ideal, los terrenos aledaños a la gruta donde hoy se venera a la Virgen de Monserrate, lugar por el que corta el río Jordán, y que en otro tiempo era estancia para el burbujeo del agua que vertiendo de la entraña de la tierra, llenaba un pequeño estanque conocido como “el ojo de agua”, surtidor para aplacar la sequedad de humanos y plantas, pero a la vez, hechizo de las mujeres de ojos gran-

des y de largas trenzas, que atraídas por la magia de la profundidad de la tierra, muchas veces eran convertidas en pececillos o invisibles náyades, destinadas a ser musas de troveros, o malos vientos de los trasnochados. El deslumbramiento cuenta que, Poseidón luego de poner fin a las duras batallas vividas durante la guerra de Troya, arma al detalle la logística, y estudia los pormenores de la estrategia que le consienta conquistar estos territorios, y lo hace en largo tiempo, debido a que se trataba de suelos alejados a su palacio de oro, ubicado en los confines de los océanos, y por desconocer las adversidades que podía encontrar en el empeño de enseñorearse en esta región, su condición de ser supremo incluso le hacia meditar, lo incierto que resultaba no saber contra que fuerzas debería luchar.

Al enterarse de estas pretensiones el amo y señor de este suelo, el sabio Taita Imbabura organizó la defensiva, en el justiciero anhelo de salvaguardar su imperio y demostrar al universo su poderío, así también, la obligación de amparar a todos los seres que durante centenares de siglos hablan creído en su omnipotencia. Reúne entonces a los ancianos, sacerdotes, shamanes, al ejército, en el afán tomar la decisión que resguarde el honor y la vida de su pueblo. Al conocer de las aventuras y la fiereza del desconocido enemigo, se prepararon de tal manera que se consideraron como una guardia invencible. Se alistaron a miles de nativos flecheros, y en su rango: mandos inferiores, jefes guerreros, y la superioridad marcial. Se prepararon incontables cantidades de arcos, hondas, lanzas y otros pertrechos, pero sobre todo a millares de llaminos y guanacos que servirían de caballería y transporte, de tinajas llenas de quina y extractos de coca, sustancias que a su tiempo se utilizarían para untar las ballestas y terminar con el temerario rival, que seguro iba a sucumbir de la peor manera, cuando alucinados por las esencias, caigan en disparatados sueños, y en la locura prefieran la muerte a las horribles pesadillas. En el deseo de sorprender a los habitantes de estos suelos, y aventajar a cualquier tipo de resistencia, Poseidón el Dios del Mar, se movilizó respaldado de un formidable ejército nunca visto. Lo hizo portentosamente por las profundidades del planeta. Atravesó túneles, catacumbas, canales ocultos, verdes galerías formadas con roca volcánica, pasadizos de vidrio y conductos secretos. Aprovechó la noche, y tomando desprevenidos a los combatientes locales, emergió desde aquella vertiente, desde aquel aljibe conocido como “el ojo de agua” y que se encontraba junto al río, junto al enigmático agujero que llevaba por nombre: El Socavón. La noche era demasiada hermosa, y el cielo se mostraba estrellado y luminoso. El ímpetu del surgimiento del Señor del Mar fue magnífico, pues, destrozando la dureza de la tierra, irrumpieron bruta-

eran un mar de figuras trenzadas en una interminable lucha, se utilizaron las hondas, las filudas hachas de obsidiana, y en un momento puños y dientes. El arrebol de la tarde puso fin a la contienda, a propósito de que los invasores pusieron a salva, la fiereza de la guarnición especializada a guerrear haciendo uso de la caballería, vergonzante derrota del pueblo indígena, y desorientación del Señor Imbabura, quien dio la señal de retirada, perturbado, ajeno a la existencia de las admirables bestias causantes de la afrenta. Los vencedores en cambio, valieron las trompetadas para festejar la victoria con desenfrenados bacanales y extravagantes comilonas, el desorden fue aprovechado asustadamente, desembocando en voraces abusos de la voluptuosidad y el saqueo.

La noche dio a las tropas la oportunidad de estimar la verdad de los hechos. Neptuno viejo general en cientos de batallas, glorificó a sus ejércitos y ciñó de laureles a muchos hombres declarándoles héroes. Los secretos de la guerra guardados en su cabeza, dispusieron ordenar suspender los ataques durante los días venideros, como plan útil para desesperar a los contrarios, y hábil procedimiento, para utilizando la vergüenza de los desafortunados, ofrecer los presentes traídos desde el fondo de los mares, a las apetecidas ninfas tan nombradas en las lejanas heredades. Por su parte, shamanes y mayores nacidos en estos parajes, determinaron junto Señor de Señores el Taita Imbabura una acción parecida, en el deseo de ganar al tiempo para armarse, y buscar en el ingenio la manera de acabar con la figura de los indeseables guerreros, y de igual modo, poner fin a los acosos y ambiciones de Neptuno por cortejar a las deidades de este reino.

Las ínfulas de seducción por parte de Neptuno a las divinidades de lagos y vertientes, no florecieron, hecho que estimuló a que él y sus tropas sean presa fácil del desatino y la ira. La furia causada por esta situación determinó el exterminio de mortales y dioses de esta comarca, y así mismo, la sentencia de olvidar para siempre a las bellas, Nina Pacaris, Yacu Ñustas, Huarmis Sisa Cochis, divinidades que nunca accedieron a los deseos del Dios de los mares. Nuevamente los dos ejércitos se alinearon ante el rigor de las solemnidades de la guerra, e iniciaron a un nuevo y tal vez decisivo enfrentamiento. Las estrategias esta vez fueron diferentes a las utilizadas en el anterior combate, cada guardia quería arrasarse con todo en el menor tiempo. Entonces los invasores apostaron a las ballestas, caballos y lanzas, a horribles monstruos marinos, adiestrados a devorar a los humanos como si fueran insignificantes gusanos. Volaron por los aires fabulosos animales alados botando candela por los ojos y hocicos, utilizaron incluso, los temibles recursos de la perversa Medusa, que convertía en piedra a cuanta gente podía, tan sólo con el hecho de

mirarlos. La capacidad de combate de los invasores era avivada con la labor de trompetistas, que entonaban armonías preparadas para fortalecer los ánimos de la guerra. Se sumó para ventaja de Neptuno el trabajo devastador de pavorosos seres con cabeza de mujer y cuerpo de serpiente. Fue aterrador la presencia de las Quimeras, quienes hicieron de las suyas sacando provecho de la facultad de vomitar llamas y de su espantosa fealdad, pues tenían la cabeza de león, el vientre de cabra, y cola de dragón. La rudeza de los centauros, de las áspides del mar, y del mismo Pegaso el caballo alado, decretó el ineludible fin de las huestes nativas.

Sin embargo, hubo un momento en que empezaron a caer centenares de dríadas y tritones, seres purpúreos mitad humanos y mitad peces, a causa de escuchar los tristísimos tonos salidos de las ocarinas, delicados instrumentos elaborados en barro y ejecutados por los naturales de estas regiones, el fragor del enfrenamiento empezó a disminuir asimismo, por la eficacia de la acción de alpacas y guanacos, que incansables abastecieron a los séquitos locales, grandes cantidades de extractos de coca, alucinando a los colosales batallones del Dios de las aguas. Los infectados se derrumbaron en tormentosos deslumbramientos, y en contados minutos fueron un ejército perdedor, aún estando compuesto por dioses, fieras y humanos. La escena fue más dramática todavía, debido a la cólera del Señor Imbabura, quien en un momento de ceguera cubrió de ensordecedoras explosiones, lava y candela, a todos los territorios de su imperio, sepultando para siempre a casi todos los peleantes de los ejércitos asaltantes, inclusive evaporó los ríos, lagos, y vertientes. Venció no en una batalla, ganó la guerra.

Neptuno en un acto de altísima sabiduría, y confesando que es divino reconocer las equivocaciones, envió hasta la morada de Taita Imbabura a los sumisos cargadores de ofrendas, le hizo llegar en suntuoso cofre donde guardaba los secretos de los truenos y relámpagos, como señal de paz, y en el ánimo de presentar disculpas por haber sido el causante de semejante atrocidad, y por haberse ensimismado con la belleza de ninfas y otras princesas pertenecientes a estas comarcas. Movilizó de la misma manera torrenciales tormentas que llenaron de agua las cuencas de los lagos, ríos y vertientes, y cuando los verdores propios de estas tierras volvieron a la normalidad, se fue hacia sus dominios, al fondo de los océanos, de la misma manera como llegó, sentado en su gran carruaje de cristal y sujeto a su tridente. Con las barbas botadas a las caricias del viento ordenó a los traslucidos seres marinos, tirar las bridas para perderse en las cavernas de obsidiana y vidrio camino a casa.

Para guardar memoria de estos sucesos el venerable anciano Taita Imbabu-

ra, pidió al Dios de los sueños, alumbrar el ingenio de los artistas, para que esbocen la construcción de una fontana en honor a Neptuno, justo en los terrenos cercanos a la vertiente conocida como “ojo de agua”, donde emergió el Dios de fuentes y vertientes, para que en cualquier tiempo se levante un hermoso palacete, que serviría de posada a los espíritus amantes a modelarse en las artes del agua, es decir marinos y atletas.

Y es así que el 31 de octubre de 1931, don Luís Garzón Prado convierte en realidad el pedido de la venerada montaña, y construye la piscina El Neptuno, que no fue solamente posada de gimnastas, sino el orgullo de bañistas otavaleños que se acercaron hasta la hermosa edificación, a gozar de las blanduras del agua, emulando a la vieja Roma, amante de esos placeres. La estancia se levantó guardando la hermosura de la línea ornamentada, y aparte de contar con 23 aposentos testigos de los íntimos secretos de los cuerpos y pensamientos de los otavaleños, estaba hecho también, con simétricas escalinatas, y una armoniosa pasamanería utilizada en asombrosos alcázares existentes en los cuentos de fábula. No se olvidó el fino detalle de adornar la mansión con el ensoñador toilette, cuarto enloquecedor trabajado en granito, con espejos de roca, destinado a las labores de hermostear la piel y restregar las húmedas cabelleras, y sobretodo, para modelar los volúmenes de las hembras, haciéndolas copias vivas de las estatuas de Venus.

La construcción comprendía así mismo, un espacio de recordación al brindis realizado en la última entrevista de los fabulosos Dioses Neptuno e Imbabura, y celebrada con el licor de los dioses: el Yamor. El campo se alzó hermoso, pues contaba con un palco acostumbrado en los coliseos latinos, y de sus muros colgaban en agraciada cascada, flores y plantas.

Construida de esta manera la edificación en honor a Neptuno, durante mucho tiempo fue visita obligada de las caminantes familias otavaleñas, que abandonando las solariegas casas, se embebieron en este sitio de las maravillas que brindaba tanto la visita, como el gozo de las comodidades del querido lugar. Pero faltaba algo, y son los poetas, los creyentes en las visiones que dan los genios de las vertientes y de los bosques encantados, los que consiguen señalar a este lugar, como el mejor escenario de la ciudad, ideal para festejar el agradecimiento a la naturaleza por la generosidad y benevolencia de las cosechas. Y son esas muchachadas, las que al calor del entusiasmo que significaba nombrar la reina de los otavaleños, la Reina del Yamor, los que utilizan esas instalaciones para en grácil acto coronar y celebrar el suceso.

Los otavaleños quieran o no, están ligados a la influencia de los hechizos de duendecillos y habitantes de las vertientes, quienes a veces hasta resultan-

do gracioso, han ejercido su poder para idealizar la belleza de las mujeres de estas granjas. Estos acrisolamientos se sucedieron con el paso de los años, y de generación en generación, conociéndose el caso de la encantadora Teresa Galarza Dávila, que es señalada por esos espíritus, a ser nombrada reina en diferentes oportunidades.

Transcurría el verano del sesenta y cinco, y se acercaba el día en que los animosos vecinos de Otavalo deberían escoger de entre las más bellas, a su reina. Para ese año y como coincidencia, se había abolido la forzada tradición de designar a la soberana de la ciudad con la compra de votos, artificio que como es de entenderse, favorecía definitivamente a las mujeres que siendo hermosas, acuñaban abolengo y riqueza. El 28 de Agosto de ese año el Teatro Bolívar fue el escenario por el que desfilaron las damitas más encantadoras de la ciudad, todas convencidas que su talento y virtudes convencerían las exigencias del jurado que para ese entonces, no pedía a las participantes desfilarse en traje de baño. Una a una, y frente a un auditorio totalmente lleno, las candidatas enfrentaron la curiosidad de las miradas y el cariño de los seguidores. Y al llamado asistieron: Bolivia Guerra Coba, por el barrio del Batán; Marianita Pinto Carrillo, por el Copacabana; Zulay Villamaría Carrascal, por Los Portales; Adriana Ubidia Jaramillo, representando al Barrio Central; Lourdes Núñez Garcés, a San Sebastián; Violeta Salvador Recalde por Los Portales; una princesita de apellido Gavilanes en representación a San Blas, Teresa Galarza Dávila, por el Empedrado; y Sandrita Salas, por el tradicional barrio de Punyaro. Los preparativos para el regio evento no guardaban tantos detalles como en la actualidad, eran sencillos, resultando inclusive como dato curioso, que luego de la elección de la nueva soberana, la empresa del cine ofreció esa noche la función anunciada.

Entre la gala, la euforia, y algún mínimo grito de descontento por la designación, se llamó a la señorita Teresa Galarza Dávila como la reina del Yamor de ese período, y aunque existía el alborozo frenesí de los presentes para vivir a la candidata de su preferencia, no había la barra organizada, no se nombraban tampoco ese tiempo las dignidades de Señorita Confraternidad, Simpatía, Fotogénica, Deportes, y otras usadas hoy en día. La elección causó enorme arrebató al espíritu de don Luís Eduardo Galarza Cisneros, y al de doña Gloria María Dávila Endara, padre y madre de la flamante soberana, quienes en medio de las felicitaciones y cariñosos cumplidos, se congratularon con abrazos y otros fervores que les ocasionaron la nominación, el sobresalto quedó opacado ante los halagos de amigos, vecinos y familiares que incorporándose de sus asientos, distinguían a la ilustre familia como merecedora

de tener durante un año un imperio a su mando. Mientras tanto la airosa Teresa superando la confusión, repartía con sus manos besos que volaban hasta el corazón de los asistentes, que alborozados los recogían, como un exquisito regalo atado con los jirones propios de una alma inocente. Y en la intimidad del pecho de la reina, refinado altar de la modestia, no dejaban de aletear las fabulosas mariposas del amor propio, evocando las dulces recomendaciones de su padre que le hicieron entender, que ella era su consentida, la niña bella, representación viva de las diosas que combinaron el esplendor de la belleza con la perfección de la esencia. Queda también para la evocación y colgado en los sitios oscuros tiempo, como hilachas que se deshacen, alguna mueca pintada en el rostro de alguna participante que como en todo torneo no esta de acuerdo con los resultados, ese es el mundo.

Concluido esa noche el programa de elección y proclamación de la nueva Reina del Yamor, la costumbre trasladó al 5 de septiembre el acto de coronación, quedando por lo tanto escasos días para una cantidad de pormenores que no experimentamos los espectadores, pero que para los seres íntimos, son motivo de angustias y arrebatos. Preocupaciones que van desde la definición del color del carmín para los labios, hasta el escogimiento del diseño del traje que engalanará a una reina, queda así mismo para el ensueño, la fina inteligencia de doña Gloria María Dávila, dama que tuvo la delicada labor de encargarse en tomar las mejores decisiones, elegir por ejemplo, el diseño de los brocados, determinar el muestrario de agujas que bordarían con hilos de ilusión los encajes y randas que le harían más linda a la reina de Otavalo. La altivez de la joven reina conmovió la simpatía y espiritualidad de la población otavaleña, los poetas le declaran musa de sus escritos, y los artistas la toman como modelo para recrear sus delirios. La bella dama aún recuerda los inspirados versos de Julio Romero, y la deferencia especial de Gonzalo Rosero difundiendo glosas y canciones desde Radio Turismo.

El día de la coronación en la Fontana de Neptuno, paredes y barandas olían aún a pintura fresca, desde las jardineras las risueñas flores regalaban sonrisas a los caminantes, y el agua del estanque había sido pacientemente bruñida, para verla refulgente, eternamente azul. Los pájaros presagiando la aparición de la encantadora reina, se disputaban enardecidos un sitio en aquel palacio, que les admita ubicarse al menos por un día, como escuderos de los sueños y suspiros de la maja otavaleña. Siendo la coronación un acto que reunía a personas y personajes de la ciudad de aquellos tiempos, se observaba que caballeros y damas ubicados en los estratos de distinción, llenaban con anticipo los graderíos y otros sitios que rodeaban al improvisado coliseo, buscan-

do alguna comodidad para acompañar a la reina en el pomposo festejo. La calle Morales, vía aledaña a la estupenda edificación, se colmaba de comerciantes informales que ofrecían criollas ambrosías como frutas confitadas, algodón de azúcar, o tiernas imaginaciones que adulaban los regazos de los parroquianos. En la parte oriental de la fontana, se levantaba en piedra una alta muralla que soportaba el paso del pesado tren, los pobres, o ciudadanos de segunda convirtieron a ese espacio en un balcón popular, que ofrecía la oportunidad de admirar en las coronaciones, las virtuosidades de las nuevas reinas, y desde donde sentados en el piso, podían deleitarse observando el baile protagonizado por mujeres y hombres de cierta estirpe.

Cuando apareció el vehículo que transportaba a la flamante reina del Yamor Teresita Primera, se aseveraba que en la fantasía de los asistentes se oyó el tropel de mágicos caballos arrastrando una labrada carroza, el cochero al parecer en el compromiso de llegar a tiempo a la fastuosa celebración, azotaba la humanidad de las dóciles bestias, con un látigo de luces, seguidamente, y con exagerados cumplidos entregó en el pórtico de la mansión, la mano de la reina a un caballero que le conduciría hasta el lugar donde se le iba a imponer la capa, el cetro y la corona. A la reina se le vio reluciente, su vestido confeccionado en fino tul, era envoltura de leyenda de la que se desprendían relumbrantes brillos nacidos en las lentejuelas y oropeles del increíble ropaje. Calzada de cristal y con manos de seda, recibió los símbolos que le consagraron como una verdadera princesa, como una real reina. El desaparecido amigo Vicente Larrea fue quien tuvo el arresto de cantar en una bien lograda animación, los encantos que le divinizaban como soberana única de la región. Debe haber tenido tiempo y suerte para mirar de cerca esos vertiginosos acantilados, arrecifes encantados que animaban al suicidio, arrobamiento de las almas inocentes que en el embelezo de merecer solamente una mirada, hubieran dado todo, la vida misma, y hundirse en el fondo de esos raudos mares, ojos bellos, ojos de princesa, ojos de reina. ¿Y que diría de los labios? Cán-taros colmados de extraños néctares, pulpas empapadas de! mosto de las parras venidas desde las legendarias tierras de Corintio, viajando a transformarse en laúdes troveros que mañana como Mistral la maestra poetiza, idealizará los pequeños corazones de nuestros niños, indicando con su dedo el camino para ser hombres.

El hechizado pueblo se desencantó cuando el gigante tren vestido de negro, alborotó lo que encontraba a su paso, irritando a hombres y mujeres, que se habían ensimismado al comprobar que en nuestras tierras existían hadas de verdad, que no era cosa de cuentos, y que ellos como pobres también eran parte

de ese séquito, por que eran el pueblo llano, humanos que aunque abarrotados sobre el muro palco de los humildes, tenían derecho a ser felices al menos un día, y ser testigos de los fulgores que dejaba a su paso una soberana. Coronada como Teresita Primera Reina del Yamor, la luz de los cielos descendía arbolada cubriendo de sol toda la tierra, y alentando a las parejas y jorgas reunidas en la pista de Neptuno, a compartir las marejadas de la alegría al ritmo de los sonidos arrojados de los instrumentales que encendieron el baile.

La orquesta formada por numerosos músicos, dueña de una afamada trayectoria, al parecer cayó en una equivocación, pues para dar inicio al baile no tocó el tradicional vals, o por lo menos un pasodoble que daría la pompa propia de estas ceremonias: la reina girando en los brazos del caballero, en rítmicos movimientos acostumbrados en palacios y ceremonias reales, se escuchó el tema: Yamorcito que viene, yamorcito que va; alentando tanto a ilustres y a plebeyos, que inmediatamente reconocieron al tema como una canción con ritmo de Twist, cuyos compases se encontraban muy en moda en el mundo, y que a mucha distancia de los tradicionales valeses, exigían a los bailarines una extrema elasticidad y dominio de pases, pues muchos de éstos llevaban a las parejas hasta cerca del piso, el movimiento básico era un fuerte giro de caderas y pies. Baile insuperado hasta hoy, y aceptado como moral y sensual. Por supuesto quien inicio la danza fue la nueva soberana que en compañía de su caballero dejó a no pocos con la boca abierta incluido al señor Gustavo Moreano, Presidente del Concejo Municipal en ese tiempo. Los vasos de la afamada chicha del yamor fueron de mano en mano, y aunque muchos prefirieron el bouquet de los tragos foráneos, el licor de los dioses: el yamor, hizo zarrandear las carnes de gordos y flacos que con mucha añoranza deben recordar esa ya lejana tarde.

La pareja de cocoteros sembrados a la mitad de la evocada pista, la rústica cabaña construida en el palacio de Neptuno, -hoy en la pesadumbre- dan el mismo argumento que la remembranza, se cuenta que en el derroche de la emoción, aquella tarde de los ojos de Teresita Garzón, brotaron dos lágrimas muy parecidas a las asomaron en los ojos de una invisible ninfa del manantial conocido como "el ojo de agua", en los precisos momentos cuando el Dios del los mares y vertientes, Neptuno, enseñoreado en su carro de cristal, se alejó rumbo a la profundidad de las aguas. Y si hay alguna duda de lo narrado, en las faldas del coloso Imbabura existe un gran tajo como legitimación de la acción del tridente de Neptuno. Además, el testimonio del valeroso pueblo otavaleño que quiere y ama a su bella Reina, hoy convertida en leyenda.

